

RAÚL RANGEL FRÍAS

UNIVERSIDAD, HUMANISMO  
Y POLÍTICA

UAN

E7  
C4  
A82  
B6  
D05



LECTURAS UNIVERSITARIAS

Nuestros clásicos

LECTURE 11: THE HISTORY OF THE UNITED STATES

1. THE FOUNDING FATHERS AND THE CONSTITUTION

2. THE WESTERN EXPANSION AND THE SLAVE TRADE

3. THE CIVIL WAR AND RECONSTRUCTION

4. THE Gilded Age and Progressivism

5. THE GREAT MIGRATION and the New Deal

6. THE POST-WAR PERIOD and the Cold War

7. THE 1960s and the Vietnam War

8. THE 1970s and the Watergate Scandal

9. THE 1980s and the Reagan Revolution

10. THE 1990s and the Clinton Presidency

11. THE 2000s and the Bush Presidency

12. THE 2010s and the Obama Presidency

13. THE 2020s and the Biden Presidency

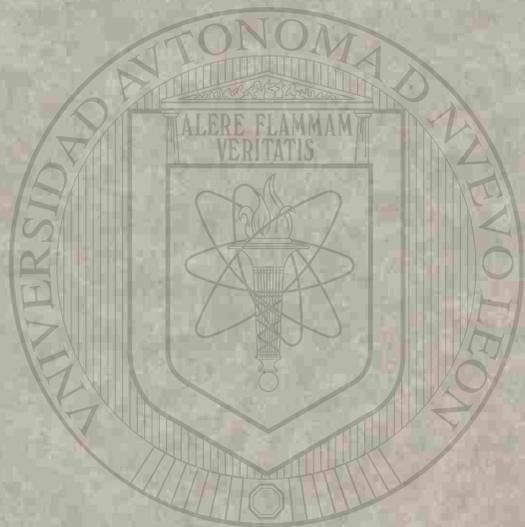
14. THE FUTURE OF THE UNITED STATES

15. THE CONCLUSION



1080129445

1001640

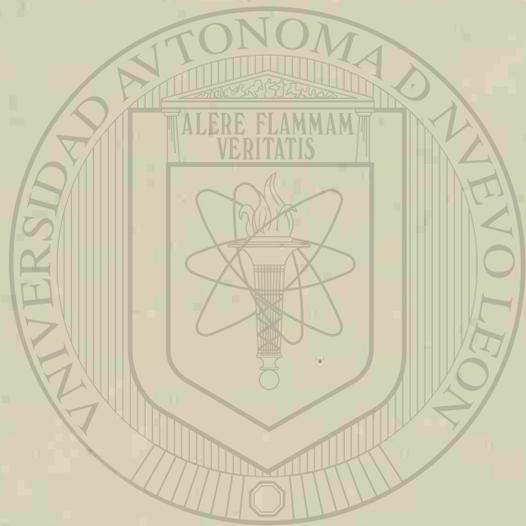


# UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD, HUMANISMO

Y POLÍTICA

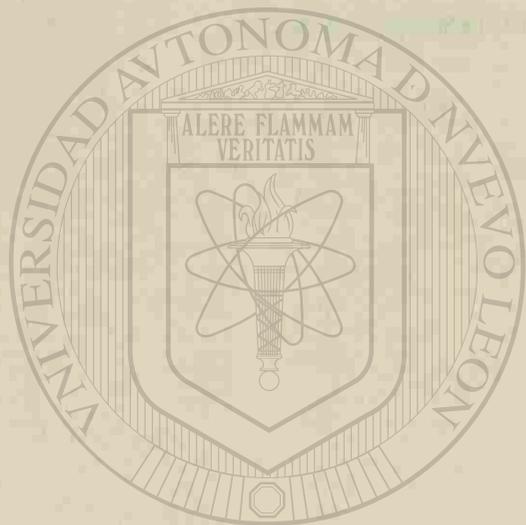
U A N L

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





RAÚL RANGEL FRÍAS

UNIVERSIDAD, HUMANISMO  
Y POLÍTICA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

LECTURAS UNIVERSITARIAS

*Nuestros clásicos*



**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA DE EXTENSIÓN Y CULTURA



UANL  
FONDO  
UANL

José Antonio González Treviño  
*Rector*

Jesús Áncer Rodríguez  
*Secretario General*

Rogelio Villarreal Elizondo  
*Secretario de Extensión y Cultura*

Celso José Garza Acuña  
*Director de Publicaciones*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Primera edición, 2005

© Universidad Autónoma de Nuevo León

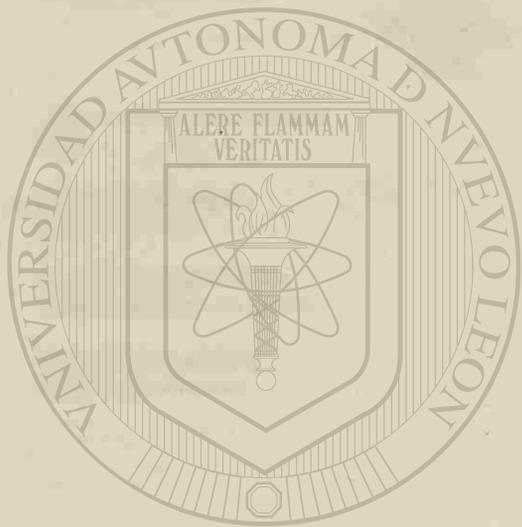
ISBN 970-694-264-5

Impreso en Monterrey, México  
*Printed in Monterrey, Mexico*

UANL

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## REFORMA UNIVERSITARIA

El rector de la Universidad de Nuevo León, Dr. Enrique C. Livas, llevó una ponencia al congreso reunido en la ciudad de San Luis Potosí. El interesante estudio que precede a las resoluciones nos pone frente a una situación que podemos llamar penosa, por no incurrir en excesos pesimistas. Con los resultados obtenidos de una amplia información estadística, destaca las deficientes dotaciones de jóvenes capaces en las diversas ramas profesionales.

Las consideraciones del citado estudio discurren en torno al tema de la vocación. Se hace notar la ignorancia de los estudiantes con relación a este factor decisivo para sus actividades y, aparejado al hecho, la ausencia de órganos universitarios que corrijan decisiones de vida futura, asumidas tempranamente bajo la influencia de ondas sociales imitativas. El sistema general de la educación juvenil falla por la selección inconsciente de profesión que realizan los estudiantes.

Las resoluciones aprobatorias que en dicho congreso votaron los señores rectores, sobre el estudio antes aludido, indican cierta uniformidad nacional en idénticas observaciones y experiencias de los restantes centros educativos del país. Y supuesto lo anterior, causa extrañeza que no hayan venido nuevos estudios a sumarse al trabajo de enriquecer y ampliar el tema de la deliberación. Esto último nos asombra menos de lo que debiera ser, si no estuviéramos acostumbrados al desamparo en que viven las ideas en México. No se trata del abandono oficial por parte de las autoridades educativas correspondientes, sino que me refiero a esa condición viciosa de nuestra vida intelectual, en donde falta un propósito de honesta colaboración y se asfixian por estancamiento los temas más esenciales a la conciencia nacional. Tal parece que se tuviese el empeño de que cada inteligencia produzca una palabra original y nunca oída, con la cual engendraría un estado de arroboamiento universal en torno del que fuese tan afortunado y mágico encantador de las ideas.

Con el propósito, pues, de inducir una corriente de doctrina sobre el tema de la educación universitaria, aprovechando ideas y sugerencias que provengan de todos los círculos universitarios mexicanos, acogeremos en nuestras páginas [del boletín *Armas y Letras*] las cola-

boraciones que se propongan servir al esclarecimiento de la cuestión.

De inmediato, el que esto escribe comienza por abrir el debate con su opinión personal, sin que ello signifique más que una invitación a los profesores y estudiantes universitarios del país para trabajar conjuntamente en un tema de importancia nacional.

Comenzaremos por admitir el fenómeno de la insuficiencia universitaria. Prefiero este término a otro muy usado que es el de crisis, porque este último indica un proceso rápido de desenlace con la culminación en intensidad y extensión de los factores en juego. En el proceso educativo se observa, en cambio, una debilidad crónica acompañada de agitaciones convulsivas, que no desembocan en resultados definitivos. Han llegado, sí, a provocar un debilitamiento y postración más acentuados, pero en general no han tenido una influencia decisiva sobre el curso del fenómeno.

No creo que tengamos razón para ser pesimistas, sin embargo, en todas partes de la república se advierte creciente deseo de amplificar y perfeccionar los métodos educativos de tipo universitario, a la par que los de las restantes actividades de la educación nacional. En una conmoción social, como la que se ha venido efectuando por tramos sucesivos en México desde 1910, no

puede esperarse que los institutos oficiales de educación representen los centros más eficaces para promover la vida intelectual.

En un tiempo de este carácter conmocionado, las fuentes de experiencia más intensa y que arrojan mayores luces en la vida de los individuos y de la sociedad, no están en las escuelas ni en los centros de enseñanza superior. Están, por decirlo así, en los nudos de acción y resistencia que provoca la corriente histórica. Más eficaces en la remoción de la conciencia intelectual de los obreros han sido -y sirva como ejemplo- los movimientos sindicalistas, que los establecimientos educativos puestos al servicio de dicha clase.

El ejemplo podría repetirse con lo que pasa en la industria, el comercio o el campo. La vida social va por delante y con no pocas dificultades, se desenvuelve, a una distancia de regular atraso, la educación superior. En otras ocasiones ni siquiera podemos decir que se desenvuelve, pues sólo marca el paso de una época correspondiente a medio siglo anterior.

Me interesa poner de manifiesto esta relación entre la vida social y los centros educativos porque es la contrapartida del problema de la educación en orden a la existencia individual. De la misma manera que en esta última nos tropezamos con la frontera de lo incons-

ciente -factor hereditario, temperamento, preferencias estimativas-; en tratándose de la existencia colectiva ocurre idéntico fenómeno de selección inconsciente de los procesos intelectuales, por virtud de un mecanismo que coloca en primer rango ciertas aptitudes y sus correspondientes estados de conciencia, sólo por estar mejor adaptados a las condiciones históricas y sociales prevalentes.

Entre ambos polos -los requerimientos de una naturaleza individual y las necesidades de la vida colectiva- la educación se halla acondicionada por fronteras inconscientes, más o menos remotamente lejanas a su influencia. La advertencia de estas limitaciones ha provocado en la historia del pensamiento político educativo muy diversas soluciones, cuyos tipos últimos están representados en el sistema de la República de Platón, como exaltación de la comunidad a una vida filosófica; o en el extremo de la filosofía de Rousseau, que concede la más completa libertad de expansión a la naturaleza de cada hombre.

Dejando de lado las cuestiones teóricas, resulta que el problema básico de la educación está en los puntos de intersección que por ambos lados marcan sus fronteras, la vida individual y la colectiva. No se podría pretender sacrificar uno u otro de los extremos en benefi-

cio exclusivo de alguno de ellos. Una organización educativa adecuada tendrá que encontrar un equilibrio consciente de las fuerzas que se disputan su atracción: el carácter más o menos invariable impuesto por la naturaleza en el individuo y los desplazamientos de la vida social en marcha.

— Sería ideal que la selección de cada estudiante correspondiese con fidelidad a sus aptitudes naturales y, al mismo tiempo, a las necesidades colectivas del tipo de profesión que escoja. Este ideal, por paradójico que parezca, sin embargo, suprimiría de golpe la existencia de instituciones educativas. Al llegar a ese punto nos encontraríamos en pleno automatismo social y en una coincidencia fatal de instintos e historia, de aspiraciones y necesidades —similar a la que disfrutan plantas y animales domesticados. Ni es deseable, tampoco, que la educación se convierta en una frenética impulsión de la naturaleza humana.

La insuficiencia de nuestra educación universitaria se podría medir, si hubiera un medio de hacerlo, por el peso y el volumen de los factores inconscientes a los cuales se abandona. No hay manera de realizar experimentalmente la prueba, pero se puede seguir el curso de la corriente subterránea por indicios reveladores que aparecen a flor del suelo. Uno de ellos es la existencial

del profesionalista frustrado por error de vocación. Pero no es el único, ni siquiera en el más patente contradictorio de la educación. La réplica más aguda y bochornosa se origina en la otra frontera, del lado de la vida social.

— ¿A dónde desembocan las generaciones universitarias y cuál es el grado de influencia que van a desarrollar en medio de su actividad? Salvo ejemplos aislados, el destino de los profesionales es el de la subordinación intelectual a procedimientos de trabajo, a formas de organización y a estados sociales de conciencia, absolutamente desconocidos, que superan su equipo de conocimiento y le imponen un nuevo esfuerzo de adaptación. Se encuentran, pues, con la necesidad de rehacer la educación recibida, de reorganizarla sobre diversos principios. Y esto lleva varios años de penosos esfuerzos que en parte sirven para vencer nuevas resistencias, pero que muchos gastan en descombrar la conciencia, en olvidar las lecciones de la escuela. En los mejores ejemplares ocurre que lograron alzarse por encima de su pasado escolar, pero no revierten sus experiencias sobre los centros educativos. Y los demás se hunden en los sumideros sociales, a esperar que la vida histórica pase por encima de ellos.

— Este es el fenómeno. Pero, aun falta señalar dónde se encuentran en la organización universitaria los esco-

llos más eminentes que desbaratan los esfuerzos juveniles.

Nuestras universidades están cruzadas por un doble movimiento de orientación, que les presta su fisonomía actual. Están organizadas para producir ciertos tipos profesionales —médicos, abogados, ingenieros— y, al mismo tiempo, trabajan en la enseñanza respectiva a base de los resultados obtenidos en las ciencias puras correspondientes. Penetradas de este intelectualismo histórico aspiran a deducir de la formulación abstracta de los conocimientos, las técnicas y las artes correspondientes del profesional. Las lecciones se imparte al estilo analítico de una demostración científica, que el estudiante tiene que aprender de memoria porque se le esconde el punto de partida, el problema de donde se origina el razonamiento y la repercusión de nuevos problemas que trae consigo la respuesta alcanzada hasta el día. Se entregan los restos fósiles del conocimiento a una digestión abrumadora, de la cual aprovecha muy poco.

En las ciencias naturales y las artes profesionales que de ellas derivan, la dificultad es más fácil de vencer con ayuda del laboratorio y la exigencia de prácticas adecuadas. Sin embargo, aun en estas enseñanzas el profesor deriva fácilmente a la exposición cerrada y sis-

temática, antes que a la elaboración de un trabajo común teórico y experimental. En su conjunto, los resultados de este tipo de educación acusan una doble deficiencia insuficiente preparación técnica y exceso de literatura infecunda.

Se podría argüir que justamente la idea universitaria exige una preparación integral de los profesionales además de su especialidad técnica.

No creo que hay inconveniente en mantener la vigencia de este programa ideológico, pero insisto en que la distribución actual de las materias y los métodos empleados para su enseñanza contradicen al fin propuesto. Con la mitad de la técnica y la otra media porción de universalidades se impone una bicefalia profesional, todavía más perjudicial que el tecnicismo y el humanismo puro, cada una por su lado.

¿Qué podría decir, que no fuera recargar los colores de esta pintura, en aquellas artes o profesiones que no están vinculadas a las ciencias experimentales?

¿Y la escuela preparatoria que es la pieza toral de la enseñanza universitaria?

No podría recorrer uno por uno, en este breve espacio, todos los problemas de una amplia y profunda reforma universitaria. Sin embargo, para no dejar inconcluso este examen preliminar, resumiré en algunas

observaciones las condiciones más generales que determinan nuestra insuficiencia universitaria.

Estas son las siguientes: se ha organizado la función educativa superior, reduciendo a escala infinitesimal en tiempo y espacio, la cultura universal. En la reducción homeopática se han perdido los jugos más fértiles para el cultivo humano, y sólo se transmite un bagazo escolástico, o una técnica insuficiente. Este programa acusa una bancarrota evidente y ha llevado a la Universidad a la contradicción de producir los dos extremos más inconscientes: el profesional de vocación frustrada y el técnico con éxito social, entregado al empirismo y a la autoeducación en las tareas propias de su oficio.

Estas someras indicaciones nos permiten anticipar la posibilidad de una reforma universitaria, en donde la síntesis de la cultura se realice en el conjunto de facultades y academias universitarias, así como en la colaboración de estímulos generales, comunes a la cultura, sobre el trabajo particular de cada rama del saber. Más que una distribución por estancos, en que cada facultad reproduzca en miniatura otra vez la Universidad, se requiere el funcionamiento de una conciencia orgánica, que oriente y dirija el trabajo de cada una de las partes. Únicamente en la totalidad del trabajo universi-

tario se reflejará completa la imagen de la cultura, y el estudiante asimilará esta condición del ambiente, aun cuando se aplique en artes y profesiones particulares. A una universidad en reposo y partida en segmentos, habrá que transformarla en articulada unidad viviente, que restablezca a favor de las influencias conscientes el desequilibrio provocado por los factores irracionales en la existencia individual y social.

*Armas y Letras.* Año II. Núm. 7, julio 30 de 1945.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## PALABRAS FINALES DE UN RECTOR

*Mi joven y eterna Universidad.  
Yo debería haber llegado a estos patios  
pertrechado con mis mejores armas de retórica  
y de claro pensamiento. Debería haber previsto  
que la emoción derrumbaría mis palabras  
al pisar de nuevo los corredores del Colegio Civil,  
adonde en años remotos, lleno de fe y de esperanza,  
conmovido y respetuoso, llegué a sus puertas  
para iniciar mis estudios de enseñanza superior.*

Nada iguala la emoción que he sentido hoy al verme de nuevo frente a las tradiciones y a los venerables maestros de esta casa, que guarda los recuerdos y las inquietudes del adolescente y donde encarnan tantos bellos ideales. He preferido, sin embargo, exponerme a una emoción que brotase sin artificio, surgida de la vivencia que tenemos los universitarios y yo de esta obra en común. He preferido que mi pensamiento surja de una intención directa ante los hechos, no elaborada de antemano, y que reproduzca la virtud de aquella inserción de mí mismo en la superior voz de las generaciones todavía viva en las aulas, patios, muros y bardas

añosas del ilustre colegio que es hoy la Universidad de Nuevo León. Voz unánime, múltiple, clamorosa que recoge los afanes de la convivencia escolar y que aspira el aliento de la juventud cual nueva savia que trepa por las ramas de la vida.

Que en cierta forma haya podido yo obtener éxitos y ganar prestigio para nuestra casa, es obra de esa fuerza que me poseía y que representaba la comunión en el afán de la juventud generosa de mi estado; la misma que me proporcionaba la devoción de los maestros de mi casa; la que procedía de la seguridad que al través de maestros y de juventud, mi vida y mi voz sería simple y sencillamente pueblo, vida y voz de México.

Fue ese mismo impulso que me hizo acudir a las aulas de esta casa y que me ponía trémulo al reconocer desde entonces la cita con una vida superior del destino, a la cual he rendido y me he humillado respetuoso de la ley espiritual suprema que gobierna a los hombres y a las comunidades. Quizá no haya habido un joven en el pasado ni un hombre en el presente, con menos facultades personales por las cuales reclamar derechos y servir con mas devoción sus propias obligaciones. Seguro estaba, entonces, por encima de las debilidades y de las potencias de los hombres, gobierna una dirección y un sentido espiritual de los acontecimientos: cer-

teza a la que ayer se rindieron sus facultades, las potencias mismas de mi ser, para entregarme, como lo hago hoy, al nuevo curso de la vida que me pone al servicio de mi patria.

Ayer, de estudiante -¡gloriosos días aquellos de la vida juvenil!-, como lo declaro con satisfacción, en los patios de la vieja escuela que guarda mis recuerdos juveniles, tuve el orgullo y la satisfacción de haber presidido la Sociedad de Alumnos del Colegio Civil del estado, como años después los destinos de la Federación de Estudiantes de Nuevo León.

Más tarde, en épocas agitadas y conmovidas de mi Universidad, la de aquí y la de allá, la misma, la de todos los mexicanos, presté mi esfuerzo, mi pensamiento y mi palabra a movimientos estudiantiles que representaban la verdad de una protesta juvenil. Llegué alguna vez, con legítimo orgullo, a ejercer de Consejero Estudiantil por la Facultad de Derecho en el Consejo Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México; y serví también, una cátedra en la casa mayor universitaria de nuestro país.

Cuando hube de emprender, por el mismo sentido de los acontecimientos y el mismo rumbo de la historia que se impone a los hombres, el camino de regreso a mi hogar, a la ciudad amada, cuando estuve de nuevo en

Monterrey de mis años adolescentes llenos de ensueño y de cariño; entonces otra vez la misma voz, la vieja voz, la eterna voz colectiva del pueblo que me guía enderezó mis pasos por los senderos de la Universidad de Nuevo León, me puso aquí y allá, en la Facultad de Derecho, en la Escuela Nocturna de Bachilleres, en el Departamento de Acción Social Universitaria y luego, con qué palabras difíciles pronuncio: en la Rectoría de la Universidad de Nuevo León. ¡Con qué palabras difíciles, casi llenas de dolor, escucho hoy que se me llama exrector de la Universidad de Nuevo León; palabras que yo no había creído que pudiera soportar, que parecen cortar de tajo todo el porvenir, palabras que señalan un vacío y un huevo; que me resultan de una íntima pena en este sitio, que guarda junto a los viejos recuerdos, los de un rector, que no quiso ser entre los estudiantes sino uno más, el adelantado a todos ellos, y entre los maestros sino uno menos, aquel que tenía la obligación de servirles.

En esta cuadrícula de nuestro viejo patio del Colegio Civil del estado, he venido a pronunciar mis palabras de despedida: ¡y se dice despedida con fácil naturalidad!, ¿podré yo despedirme de la Universidad de Nuevo León?, ¿podrá ser cierto que en esta noche yo haya venido a despedirme de esta juventud generosa, de estos

maestros abnegados, de esta casa que es mi vida? En medio de esta noche magnífica, mienten las estrellas si responden que yo me voy a despedir de la Universidad de Nuevo León. Podrá existir, en términos generales, una distancia; podrá en el tiempo establecerse cierto olvido; pero hay en la esencia misma de la vida cosas eternas y definitivas y con esas cosas eternas y definitivas yo estoy solemnemente enlazado. Y esto que declaro hoy, es la confesión del estudiante de ayer, del incipiente maestro de apenas hace poco, y del rector que fue vuestro amigo, enlazado en forma tal a su propia casa, que sólo destruyéndose su vida podría derrumbarse su fe y su esperanza en la Universidad.

La convicción de un hombre puede llegar a quebrarse, los propósitos de un día pueden sufrir un giro nuevo en presencia de otros acontecimientos, pero para aquellos que desde la juventud y aún antes, desde la adolescencia, hemos obedecido voces del destino, que se dejan escuchar, como lo hace el hombre de campo a distancias formidables con el paso más ligero por la campiña, pegado el oído en la tierra; las voces de la sangre y del espíritu del pueblo, no pueden ser cambiadas jamás. A esas voces -destino que me ha llamado inexorablemente por encima de mis potencias y de mis debilidades-, a entregarme a cosas superiores, en forma

permanente y definitiva; a esas voces, que no se les puede traicionar ni hay fuerza capaz de quebrarlas en ningún instante, estuve entregado. Estoy y estaré siempre entregado a esa corriente poderosa, a esa savia fecunda que viene desde las más hondas raíces de mi pueblo. Porque he creído en ellas es por lo que he creído en la Universidad.

Si yo pensara que la Universidad de Nuevo León es tan sólo un conjunto de recursos adjetivos, de procedimientos técnicos, de medios para adiestrar a los hombres, no tendría esta pasión; no hubiera podido entregarme a ella en la forma devota y humilde que lo he hecho. Siempre he considerado que el tesoro más preciado, la misión verdadera de la institución universitaria, consiste en proveer a los hombres de un sentido de la vida, antes que de unas armas con las cuales realizar provechos propios y ajenos. Siempre he creído que la cultura, en la cual está el asiento de la misión universitaria, es una corriente, un espíritu, una fuerza que presta alma a los procedimientos técnicos, a los medios de adiestramiento, a las capacidades -a que provee también la Universidad-, pero frente a las cuales recoge y conserva su sustancia de humanidad.

Por valiosos y necesarios como lo son, y debemos declarar que lo son positivamente, todos los procedi-

mientos de la técnica derivados del cultivo de la ciencia, todos los medios de adiestramiento personal y colectivo. La Universidad representa algo más, algo más allá, siempre y en cada momento de esa perfección. Representa, en primer lugar, ¡ay de la Universidad que olvide esto!, representa la carne misma de la palabra, como esencia moral del hombre, como vaso y ofrenda de la inteligencia, de la emoción y de la libertad.

Aunque puede quedar comprometida en turbias empresas, es siempre la expresión y el espejo humano; palabra, voz y lenguaje, que no hemos fabricado los hombres del día de hoy, que la recogemos tras de un largo esfuerzo humano, y representa el triunfo del hombre -aspiración a lo infinito y negación de la naturaleza en la historia de la libertad-, del hombre que mediante la palabra fue capaz de inventar la filosofía y la ciencia.

La palabra que en otros giros de la historia ha tenido capacidad de transportar la llama inflamada de las libertades públicas, sangre que malgastamos día a día en oficios y menesteres de índole ordinario, pero que conserva y engrandece el poeta y el hombre de letras y que es, el alma del aula, de la expresión humana, de la transmisión y grandeza de nuestros conocimientos, virtud de la enseñanza íntegra, de las primeras letras hasta la última instancia de la educación superior.

A la palabra, que debemos respetar como uno de los vasos sagrados que llevan de generación en generación los hombres, donde se vierten las voces de la filosofía y la ciencia, desde la tradición griega hasta el presente, se deben consagrar los esfuerzos más sólidos de nuestro espíritu, por su perfeccionamiento y por encima de todo, por su verdad.

La palabra misma, sin embargo, puede ser pervertida en oficios retóricos y adulterada por la técnica, o empobrecida por intenciones que llevan consigo la pérdida de la condición humana. Si debe servir y dirigir la auténtica cultura humana, como encarnación de la historia y de los esfuerzos de paciencia, del pensamiento filosófico, y de la técnica, la misma se subordina a los valores más altos de la verdad y de la libertad.

La cultura, en que se representa todo esfuerzo humano, es un modo sustantivo de la vida, una incorporación del ser mismo y no sólo lujo u ornato del espíritu; y en nuestra patria, particularmente, es algo más: pan y vida de los hombres. Verdadera cultura es fundamentalmente aquello que la acepción del término indica, el cuidado, la elevación y el perfeccionamiento del ser humano: que comienza por entender que sin las básicas funciones de la economía y de los procesos sociales, sin la más elemental simpatía por la vida que

crece, no puede aspirar a representar con palabras engañosas, un sentido contrario de aquel que se constituye precisamente por esas situaciones fundamentales.

La Universidad, que es palabra, que es cultura, debe reconocer, por encima de todo, que es la verdad y la libertad de esa cultura; pan nutritivo, en efecto, y no simple retórica vana; último tramo en el que se cierra el ciclo vital que comienza por el cultivo de los campos y termina por la enseñanza de las letras, verdad y libertad como vida de nuestro pueblo. Significa la cultura algo más que el conocimiento cuidadoso y detallado de la historia, de la organización de la materia o de la vida, consiste en la transmisión de la sangre y del espíritu y en la concesión de unas generaciones a otras, de fuerza, de capacidad para seguir actuando. No puede ignorar las adversidades, los dolores, los sacrificios colectivos con los cuales está hecha, con los cuales está construido el último piso del pensamiento humano. Es espíritu, solidaria y profundamente responsable de las raíces de que se nutre, que consisten de sufrimiento, hambre, pena y lucha, lucha en que las palabras abandonan a los hombres. ¡Qué espectáculo ver a nuestros campesinos! Qué espectáculo lleno de advertencias para los intelectuales de México, ver nuestros campesinos abandonados de palabras. No tienen la riqueza de la retórica, pero

a ellos debemos fundamentalmente, el caudal de que disfrutamos, la vieja cultura clásica de nuestro recreo.

No olvidamos nunca la lección de la historia y del presente; la lección de culturas desarraigadas que acaban por morir, entristecidas por la falta de una savia que venga desde abajo, cortadas del aliento vital que les proporciona volver a la tierra, el grano fecundo que los campos han logrado alcanzar entre los surcos para beneficio de los hombres. No olvidemos, mi Universidad, la responsabilidad que tenemos con nuestro país, ante nuestra patria. No olvidemos que podemos representar flor de un instante, fragancia momentánea, si no llevamos nuestra palabra, nuestra verdad, nuestra vida, en obligado regreso de fecundación a esas corrientes subterráneas, a esa savia que alimenta y que lleva hasta lo más delicado del follaje, su mensaje de nutrición y belleza.

No olvidemos, mi Universidad, mantenernos en contacto y adheridos a los problemas sociales, a las adversidades de nuestro campo, a los sacrificios de nuestros obreros, a las dificultades de nuestra clase media. No olvidemos que la juventud nos proporciona a nosotros los maestros, el sentido y el rumbo de la historia; y que si tenemos la obligación de poner en sus manos las letras, el pensamiento y la ciencia, la propia juventud

tiene el mensaje que debe fecundar esas letras, para que, entre unos y otros podamos integrar la verdad fecunda, la verdad completa, la verdad auténtica. Una verdad que no sea el provecho ni el patrimonio de unos o de otros, que sea capaz de cobijarnos entre esperanzas y derrotas, como esta bóveda inmensa de la noche en que se anuncian los luceros del alba.

Al decir estas palabras como mi mensaje final, quiero que representen el íntimo sentimiento de un hombre que no se despide de la Universidad; que se aleja, pero que estará ahí, a corta distancia y en momento diferente, presente en la responsabilidad que asume hoy, que no es sino la continuación de la responsabilidad anterior; un hombre que no encuentra distancias, tiempos, y mucho menos vacíos, entre su vida de estudiante, de maestro, de rector, y la responsabilidad que como ciudadano tiene la obligación de ejercer el día de hoy. Que si ha habido alguna verdad en sus palabras, es porque esas palabras han estado forjadas en el contraste de la resistencia y el ímpetu dentro de la comunidad universitaria; que tiene la más profunda fe en la Universidad de Nuevo León, no como institución particular, sino como aquel sitio donde se escucha la voz clamorosa, unánime y múltiple de su pueblo; de un hombre que ahí, en esa Universidad, sintió los pasos de un des-

tino, que reclamaba entregarse al servicio de su pueblo, y que para entregarse a ese servicio comenzó por hacerlo a su propia juventud, tratando de ser el adelantado y el compañero de ella y el servidor de sus maestros.

Este hombre, que no se despide hoy, ni mañana ni nunca, porque tiene el derecho, y lo reclama desde hoy para siempre, el pleno derecho, de volver a repetir sus pasos desde la puerta de entrada hasta la última barda de este patio, de repetir sus pasos de universitario y pasar de nuevo por sus aulas, de servir y de luchar por su casa, este hombre considera que tal privilegio se lo ha ganado, y nadie se lo puede quitar, por sus años juveniles, por sus horas de maestro y finalmente, porque se lo ha impuesto la adhesión, el afecto, y la simpatía que los universitarios le brindaron cuando fue su rector.

¿Acaso es distinto haber sido el rector de una Universidad, que ser uno de los estudiantes de la misma, uno de sus maestros, o cualquiera de sus funcionarios? Mi Universidad va conmigo, ella no me dejará. Hay vocaciones que el hombre no puede dejar, y la mía, más limpia y transparente, ha sido la de maestro. Ese patrimonio, ninguno de los azares de la vida puede arrebatármelo; por ello, aquí, junto a vosotros, os pido que me acompañéis en el sentimiento de un hombre que no puede decir la palabra final de despedida. Para él, la

Universidad es como una dimensión de su vida espiritual. Cuando este hombre triunfe o fracase, no reclamará de vosotros ningún otro derecho, otra gratitud, que llamarse un antiguo alumno del Colegio Civil.

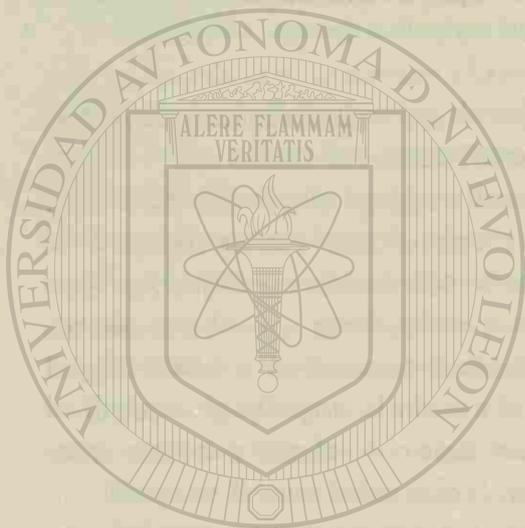
*Vida Universitaria.* Mayo de 1955.

JUAN L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## NOTAS DE ÉTICA UNIVERSITARIA

Somos antes de la naturaleza y por ello estamos sometidos al rigor de leyes positivamente indeclinables. Pero en otro extremo habitamos en el ámbito del mundo sensible y consciente, en el que debemos escoger o decidir alternativas. Con otras palabras, entre móviles y fines de una especie más valiosa u otros móviles de menor valor. Y ello aún en la misma línea de las necesidades nutricionales, reproductivas, o las más generales de la existencia humana.

La valoración estimativa se hace necesaria mucho antes de la ética, por el simple gusto. Hay alimentos mejores y peores, solamente por el carácter biológico de ellos mismos, con referencia a lo que es bueno y lo nocivo para la salud; también porque unos son más apetecibles y tienen mayor interés para el ser humano. Esto es un principio de seleccionar por conocimiento, de libre elección, que ya se realiza a nivel de los apetitos, dado que no basta querer y tener con que nutrirse, sino preferir hacerlo de un modo que otro.

Se procura el tipo de alimento conforme a líneas que van de la salud al gusto y a la estimación, unos frente a otros. El mismo fenómeno en relación con la nutrición ocurre en la conducta y en los actos que tenemos que verificar en la vida común, desde el nacimiento. Las formas de organización con reglas estimativas, sirven de criterio en las relaciones sociales, entre la ética y el derecho.

En el derecho se llega a un punto en que no se puede elegir ya, sino que se establece finalmente un deber ser último fundido o traducido a norma jurídica. El tipo de lo cual encontrarán en principios éticos, los mandamientos cristianos "no matarás, no robarás, no fornicarás", que han llegado a puntos extremos en la cúspide de la organización de la vida humana. La estimativa se ha efectuado a través de la historia y de la cultura y se ha traducido o cristalizado en normas jurídicas permanentes.

Sólo que el derecho no resuelve todos los problemas de la estimativa en la cual hay que moverse a diario. Debemos elegir entre venir a clase o quedar fuera de ella, quizás más amablemente en una conversación callejera, por continuar las horas de estudio o ir al cine; elegir entre una conducta estricta de respeto y de disciplina o una conducta de abandono y de desgano.

En las actividades deportivas, entre un equipo y otro; y dentro de cada equipo, un deber ser conforme a ciertas reglas estimadas las mejores, para obtener el máximo de bien y de equilibrio en la actividad deportiva. Es también ética lo que se practica en el campo deportivo.

Este mundo no está inspirado o exactamente calcaído del mundo de las exigencias materiales, tampoco funciona siempre en plena armonía con las fuerzas físicas; muchas veces es de idéntico valor tomar un alimento u otro equivalente, pescado, fruta o cereal. Ello no plantea un problema ético, sino un problema de gusto; en ocasiones se inicia el problema ético cuando hay que elegir entre una conducta y otra; ya mencionada al principio, someterse a la disciplina escolar o abandonarla para entregarse a cierta holganza.

No es porque tradicionalmente la escuela sea buena y andar callejeando sea malo; en algunos hombres ilustres el andar callejeando les dio también capacidad y talento para producir obras de genio. Son casos de excepción en los cuales el genio pone esa singularidad propia de su natural genialidad.

En circunstancias contrarias o complementarias haya que someterse a la disciplina escolar y no porque precisamente lo digan los padres o se diga por ahí en la

vida social o tenga la sensación de una reprimenda de quienes ejercen autoridad moral.

La vida es exigencia ética cuando la tiene el estudiante por asistir a su grupo; concreta muestra de que realmente se ha propuesto como más valiosa su propia vocación y la meta que lo purifica frente a la abulia, el abandono o la distracción.

Lo mismo que le puede ocurrir a un soldado que debe cumplir una guardia, su conciencia propia lo mantiene alerta y de vigilancia a pesar de que no haya asomo alguno de peligro en el exterior.

La calidad de una decisión por ingresar a la Universidad y concluir en ella sus estudios, es del más alto rango ético. En general implica sacrificios personales y también renunciamiento al tiempo fácil, placentero, a cambio de una disciplina intelectual para mantener alerta la conciencia, ejercitarla y cumplir consigo mismo más que con los padres.

Consigo mismos, porque se ha elegido y la elección compromete al que la hace a ejecutar su propósito. Ese es el principio ético fundamental: el hombre debe ser leal consigo mismo frente a todas las posibilidades que consisten en el abandono, el descuido y la pérdida de su propia finalidad libremente elegida.

Ejemplo, el estudiante. Pero sería bueno también

escoger otros casos y ejemplos ilustres que ustedes conocen.

Entre los patrones éticos que se pueden presentar en las clases de ética, se citan las virtudes heroicas: de Héctor, el domador de caballos o la actitud de Sócrates que prefiere extinguir su propia vida antes de violar las leyes de Atenas; el sacrificio de los cristianos; la lección del emperador Marco Aurelio.

Pero he preferido antes que esos ejemplos ilustres de la cultura y de la historia humana ejemplificar en ustedes mismos el deber y el principio ético. No asisten a clases porque es obligatorio, porque ustedes han decidido llegar al ejercicio de una profesión intelectual... y no llegaré al tema central sin que estemos seguros que esa elección intelectual y creativa es el fundamento de la ética profesional y que no radica en ejercitar un código de buenas costumbres para abogados, médicos, ingenieros.

El fundamento del principio ético radica en la elección voluntaria, deliberada y consciente a medida que es de más clase y valor la estructura de los estudios profesionales y la profesión misma.

La ética profesional no es una cosa que pueda usarse un día y dejar para cuando se ofrezca. Tiene que pertenecer a la dinámica misma de los estudios, pues si no

hay ese principio indeclinable de lealtad a nuestra propia lección, no habrá ética posible, cualquiera que sea la profesión que hayan elegido, abogado, médico, ingeniero.

La primera obligación de un profesional cuando hace la decisión por la universidad es estar al nivel de la elección hecha, universitariamente, de conciencia, con deliberación y el propósito firme de alcanzar una meta.

Lo contrario sería como suponer a un deportista que ha elegido destacarse y obtener el triunfo en una actividad, vamos a decir en el lanzamiento del disco o en el salto de obstáculo, creyendo que debe ir al campo de entrenamiento, sólo porque pasan lista y es necesario cumplir un compromiso ante los demás.

Ese hombre si no quiere esa meta que se proponga otra, pero si la quiere debe ser leal consigo mismo, entregarse profundamente a ese propósito y alcanzar al máximo la operación dentro de los límites de sus capacidades.

El principio ético fundamental de los deportistas, igual que de forma expresa principios, da vida a los estudios y al ejercicio profesional.

No se crea, pues, jóvenes que hay una ética especial para abogados y otra ética especial para médicos y otra ética especial para ingenieros; más allá de las profesiones universitarias existe la profesión general, universal

y universitaria del ser humano, nuestra profesión que sólo alcanza la plena lucidez sobre el principio en el cual está ubicada la conciencia de la verdad.

La estimativa marca un criterio, que no pertenece a los campos especializados de las diversas profesiones. La ética asume toda la exigencia, su rigor y luminosa calidad formal de la cultura humana, lo mismo para una profesión de capacidad técnica que para las carreras universitarias y para lo profesional de todos los estilos; y ya vienen tiempos que toda la sociedad humana estará organizada profesionalmente.

Profesionales son los maestros, profesionales son los abogados, médicos, ingenieros, profesionales son también los trabajadores técnicos, aun cuando tengan o no registrado su título correspondiente.

El profesionalismo es una de las exigencias de la organización social a la que pertenecemos y de la que no podemos escapar, ni liberarnos, el profesionalismo está a su vez implicado en la profesión general humana.

Lo humano está definido fundamentalmente por ese principio de contradicción, por esos dos polos a los cuales está sujeto todo lo que es vida; y que representan cierta lucha, una tensión de esfuerzo y dolor a la conciencia. Seres torturados, arrancados a las páginas más dolorosas de la historia humana, lo mismo en conflic-

tos de alta política, como en crisis de índole social o religiosa, o en problemas triviales de cada día.

Hay un momento en que la ética se vuelve dramática como recordaba yo en el personaje que cité antes, del poema de Homero. La *Iliada*, está dedicada a la cólera de un hombre, de Aquiles; y así principia: "Canta, ¡oh musa!, la cólera de Aquiles". No es el relato de un problema doméstico, se trata de la dignidad del hombre al que le han arrebatado a una vez, la ofrenda y la gloria de su hazaña.

Sometido a una humillación ante sus iguales decide en tan duro trance abandonar el campo de la pelea y retirarse a su tienda. Afuera los combates arrecian y ante las súplicas de amigos presta sus armas al mejor y más fiel compañero, que acude a la pelea y sucumbe.

Ante la muerte de Patroclo, Aquiles siente de nuevo el ímpetu de la venganza; y lo contiene por otra parte la muralla de la dignidad ofendida en su valor y en su heroísmo. Sabe además que si sale al combate y se enfrenta al enemigo ha de cumplirse el mortal vaticinio.

Desde su nacimiento lo persigue el hado que lo amenaza de muerte. Los dioses decretan su exterminio si acepta el desafío. A pesar de ello elige acudir a la pelea y va al combate a sabiendas de que lo espera el sacrificio final.

En versos de dramática y perfecta belleza la obra imprime su huella de fatalidad y destino humano del héroe.

Recordarán ustedes también el caso de Sócrates, que le fue dado a elegir y en vez de violar las leyes de su ciudad, prefiere beber la cicuta. Hay otras ocasiones igualmente críticas, si bien no se trata de personajes heroicos; y aún en actos de la vida cotidiana muchos de los presentes, muchos jóvenes, habrán tenido oportunidad de elegir.

Porque la vida del más humilde a la del más encumbrado de los hombres es precisamente ese inacabable proceso en el que hemos de mantener en vigor ese imperativo que nos pide pertenecer al grupo de los que se dejan llevar al calor de los sentidos, por las facilidades de la vida o eligiendo con rigor una disciplina, una meta. El deportista, el estudiante, el profesional, eligen su destino.

Ello va a continuar en toda nuestra existencia con el mismo procedimiento; así no escaparé a las voces de la ética al salir de esta sala ni escaparán ustedes de ellas, tampoco, al terminar vuestros estudios; debéis aprobar la asignatura y seguirá acompañando la exigencia de los posteriores estudios, con nuevos imperativos, con nuevos mandamientos, con nuevas formaciones.

Es como un aguijón permanente aplicado a los ijares, espolea al hombre y lo persigue un afán de perfección y de riesgo; y asimismo el secreto anhelo de edificar su vida personal a través de la historia, a través de la cultura. Podrá ser que esta pasión sea, si no la más alta, una de las más eximias de la cultura.

Representamos generalmente toda civilización por un conjunto de edificios o carruajes, cosas y bienes de maravilla de la suma perfección técnica y de la naturaleza.

Pero la cultura es de la calidad y el valor de las exigencias a las que nos hemos arriesgado a vivir por nosotros mismos.

Al llegar aquí debemos recordar que todo este mundo tan perfecto en aparente felicidad nos insta cada vez más a que tengamos una conciencia lúcida, más dramática y alerta, porque el hombre puede necesitar ahora más que nunca elegirse y elegir entre facilidades externas de destrucción, no sólo de bien personal sino colectivo.

Por el mismo camino en que se ha producido un medicamento que salva una vida humana, se encuentra también una pócima que envenena. Por el mismo camino del que podemos aprovechar la veleidad de una nave aérea para acudir a un encuentro intelectual o amoroso, por ahí mismo será producida una explosión

destruktiva, como fue la misma maravilla física de la bomba atómica.

Ante este particular, el hombre tiene que elegir en conjunto. El profesional y el intelectual deben ser una permanente elección; que ahora totalmente la humanidad se plantea el problema del mundo como problema de equilibrar las ventajas técnicas con los principios de la condición humana.

Lo cual apunta ya en las profesiones: están ahí la de médico, la de ingeniero, para no citar sino las más usuales. No niego, al contrario, considero muy útil toda forma de enseñar los deberes esenciales de cada profesión; como ejemplo y lección permanente está el juramento de Hipócrates o los principios clásicos del derecho.

Pero mi presencia en este acto no pretende sustituir la ejemplar misión que ya cubren a ese respecto los profesores titulares de la cátedra. Mi justificación en este caso es sólo la emoción intelectual de la cultura a través de la ética; y la emoción histórica que la ética instituye en obras o ejemplos permanentes, pero también en la actualidad misma de los conflictos en que nos vemos envueltos. Una ética de las opciones histórico-sociales de nuestro tiempo.

Menos que las profesiones, el área del conflicto general en que las profesiones están incluidas por aho-

ra; y esa área del conflicto es más crítica en las profesiones incluidas en lo que muchos denominan la socialización de las profesiones.

Entre ellas la de la medicina. Yo no creo que sea muy afortunado ese término porque soy de los que postulan que toda profesión es de carácter social y por lo tanto, no se puede socializar lo que ya tiene un trato social. Y creo, en cambio, que se está verificando una transformación profunda en el campo de todas las profesiones, la de la organización del trabajo; como en el caso de la medicina, en torno a instituciones o entes colectivos.

El Estado le llama socialización a la profesión médica, pero esto que le está ocurriendo a la medicina le pasa también a la profesión jurídica y le pasa en menor escala pero cada vez se acentuará más a las profesiones de ingeniería o cualquier otra de sus ramas como mecánica o eléctrica.

Cada vez más el hombre moderno tiene que depender de organizaciones o entes colectivos, instituciones y el problema principal a lo que tiene que desembo- car el presente, es armonizar o conjugar el equilibrio fecundo de la eficacia de las instituciones con la libertad y el progreso del espíritu humano en la conciencia misma.

Esa libertad y conciencia del progreso en el espíritu y la conciencia individual, es uno de los objetivos principales, de los cuales he hablado y lo he desparra- mado en torno a la preocupación que hoy les dejo ale- teando en la cabeza los jóvenes...

Quede ese punto del porvenir en las profesiones, la institucionalización de ellas y la conjugación del pro- blema ético de conjugar la libertad y la capacidad per- sonal, con la eficiencia de la institución, como materia de posteriores conversaciones que yo espero tener el privilegio de seguir para darme el placer de compartir con ustedes, al ámbito de mi antigua Universidad, una vez más, la emoción de la cátedra.

Conferencia en la Universidad Pedagógica Nacional

(s/fecha. Ed. de la UPN.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LA IDEA HISTÓRICA

*La historia significa tanto para los modernos como el Cosmos para los antiguos. Dios en el orbe cristiano y el Estado en las ideas del siglo XIX. Podrían aducirse ejemplos significativos de cada época, pero nadie más ilustrativo entre los modernos que Spengler —intermediario de las fases finales de esta corriente— cuando se expresa en los siguientes términos: “El Estado es la historia considerada sin movimiento: la historia es el Estado pensado en movimiento de fluencia”. Con otra alusión: “La Política, he ahí nuestro destino”.*

La presentación de este fenómeno en el plano de la filosofía corresponde a las teorías del historicismo y de la razón vital. La primera penetra hasta las regiones en que se sueldan los conceptos teóricos del entendimiento, las tendencias de la voluntad y ciertas exigencias que expresa la vida en formas plásticas. Es lo que se llama una concepción del universo, cuya unidad interna enlaza una estructura cuajada de significaciones y valores relacionados entre sí, como una constelación, y dotado el conjunto de cierta dirección unitaria. Por esta vía habría de esclarecerse que la idea de la historia cumple

ahora las veces, expresada en metáfora, de una estrella polar para el sistema o estructura de los acontecimientos contemporáneos. Lo mismo que a su turno desempeñaron la idea del Estado, de la naturaleza organizada por el destino ciego, o la obra de una providente voluntad divina. De este proceder se obtiene una fisonomía que organiza con la expresión de la vida los rasgos, al parecer desasidos unos de otros que son los hechos de la vida contemporánea.

Sea que sin embargo del atractivo estético de semejante método, la explicación no llegue muy a lo hondo o por mucho que penetre no sea decisiva, esta razón no se mantiene sino a costa de retroceder levantando la plaza sitiada. La idea de la historia y la función que cumple en nuestro tiempo debe ser explicada por el mismo método que las sucedáneas a las cuales ha venido a reemplazar. Ahora bien, si se explica la historia por una idea dominante, al llegar el proceso de los acontecimientos de la edad contemporánea a la misma idea de la historia, se hace coincidir en una identificación el espíritu y la realidad.

Esta autosuficiencia de una idea que explica lo otro y sirve de razón de sí misma es aquí la conclusión de un proceso real, cuando en otra metafísica como la de Descartes se promueve como el primer artículo de un pro-

grama de la inteligencia. Con la ventaja para esta última de que la idea queda despejada para nuevas hazañas, en tanto que cuando se la propone como conclusión del proceso histórico, todo el pasado queda reabsorbido en el presente y el futuro se encoge hasta no quedar lugar para Ideas o acontecimientos nuevos. Se tiene la sensación de que los tiempos han llegado a su cúspide y de ahí van a despeñarse en el abismo.

Semejante teoría de la idea histórica llega, cuando ella misma se impone como concepción del universo, a la visión muy significativa de un fin del mundo, del humano si no es que de todo entero. De donde se sigue, con inflexible necesidad, la conclusión de Spengler, de que la política es el destino del tiempo, o sea, una especie de aniquilamiento del mundo humano que ejecutarán los arios, inocentes y limpios de sangre. Así es nada San Juan con el Apocalipsis, ni Hegel con el espíritu absoluto. En aquel queda en pie una justicia extrahumana y en el segundo un juicio inmanente al proceso histórico, a cuyos términos quedan sometidos ambos. Pero en esta humanísima razón todo resulta viable y de todo absuelve el movimiento de la historia. Nosotros, por lo que en ellos nos va de la propia existencia, nos preguntamos: ¿va en serio la vida o será tan sólo un juego?

Pero quizá haya una razón vital, ya que no histórica. Es decir, una autosuficiencia y justificación que no se reserva para un momento determinado del tiempo, sino que acompaña y prodiga su vigor a cualquier instante.

Con lo cual se pretende justificar la historia y la idea de ella misma por un sistema mucho más flexible y rico en consecuencias. Las concepciones del Universo como unidades espirituales tendrían una explicación, a su vez, en el autodespliegue de la vida que lleva consigo en cada caso sus propias razones, limitadas y concretas dentro de cada paso de sus creaturas. Y si la vida no tiene una razón de ser de orden metafísico, o fundamento de su esencia, es que va de por medio su propio ser. Una vida que tuviese consistencia metafísica estaría confinada a una especie de realidad, rincón del universo a donde las cosas se darían cita para entrar al sistema de los registros de la inteligencia; y esto no sería vida, la cual se siente interiormente como crecimiento y potencia que se ensancha, sino la sombra vaga de aquellos fantasmas de seres que Platón encerró en la caverna a la expectativa de una caravana de sombras de las cosas.

La vida es cuerpo, es decir, potencia de la carne que se construye a sí misma órganos para explorar en

torno y fija sus ilimitaciones como facultades del alma. Percibir, que ya es atender de antemano, preferir y obras en las cuales se expresa y se asimila el contorno, y, por último, hasta hoy, aunque no para siempre, la vida inventa la intimidad del espíritu y la exterioridad de un mundo para entregar a su propio afán devorador el espectáculo de sí misma.

La razón vital es esta última conciencia que la vida ha desarrollado para comprenderse, y quizá, también para alzar su savia a la nutrición de los frutos muy altos del árbol del tiempo. Esfuerzo similar que ha culminado varias veces en la historia, cuando el hombre ensayó entender la vida de donde procede como el ciclo fatal de la generación y de la corrupción de las cosas atadas por la ciega necesidad, o cuando las creyó dispuestas por obra de una voluntad divina para que en ellas ejercitase su capacidad de criatura celestial. También el Estado, a su turno, como momento particular dentro de otras fases, dio al hombre una conciencia de la vida como poder. La idea de la historia, en la penúltima fase, promovió idéntica pretensión mostrando la desilusión de todas las anteriores ideas y obsequiando al hombre la resignación de no rendirse en firma a ninguna.

En el fenómeno que confrontamos hoy adviene, por último, la razón vital con la cual el hombre se ha

propuesto dar la embestida al más recóndito de todos los secretos: el de su propia existencia, envuelta y disimulada bajo múltiples formas. La suma de éstas, o sea la cultura objetiva, habrá de fundirse y fluir al calor de la nueva hazaña: conquistar para la vida la historia entera y darnos el lujo de estrenar un nuevo ser.

Por múltiples y decisivas que sean —que las hay— las objeciones a esta doctrina, debe acreditársele el atractivo de ser un programa donde la metafísica no se regala ni se rinde a un asedio de sutiles razones, puesto que sólo se conquista poniendo a contribución las entrañas, los juegos de la vida y una serena mirada dominante. Ambas teorías proceden, no obstante, de formas intelectuales emparentadas entre sí.

La idea histórica es una prolongación del pensamiento político europeo que persigue una estructuración laica de la sociedad humana, para sustituir a la desvanecida complejidad de los impulsos religiosos. En este sentido se puede esclarecer una línea de filiación más entre el pensamiento de Kant y el de Dilthey. La interpretación del Estado, a la par que la elaboración filosófica de la idea histórica, han sufrido un idéntico proceso de secularización, primero, para avanzar en seguida desde la interpretación como poder hacia una valoración de tipo económico y, por último, a su com-

prensión como una totalidad cultural. Las variantes de este totalismo metafísico de Hegel a las múltiples interpretaciones críticas y continuadoras del pensamiento de Kant; hasta las doctrinas de inspiración organicista con la de Spengler, que tiene antecedentes en Hobbes.

De igual manera, la metafísica de la razón vital pone a su servicio un poderoso móvil de la conciencia occidental, cual es el descubrimiento y la marcha del hombre sobre sí mismo, no sólo a través de la actitud crítica de la conciencia, sino en la integridad de sus actos, por lo que se propone y hace alumbrado por la idea de su dignidad, como el ejemplar más selecto entre los seres existentes. Es el antiguo lema *conócete a ti mismo*, elevado a potencia de realización; esto es, que no concluye en los artículos de una sentencia, sino en el requerimiento de lanzarse a nuevas aventuras, en plan de conquista de riberas incógnitas aunque interiores a él mismo.

Ambas concepciones se aproximan en algo más que un punto. Desde luego en este: dejarnos a la puerta de un mundo desconocido, en cuya frontera se despide de nosotros el discreto y sabio guía que nos ha mostrado todas las desilusiones del mundo, o del infierno, según se prefiera la metáfora, sin siquiera encomendarnos a una de las potencias celestiales, o por lo menos al ama-

ble ángel que intercede por Dante. La historia o la vida son el infierno sin gloria de la metafísica moderna.

Aún con la pena que estas conclusiones acarrear consigo no nos quedaría más remedio que aceptarlas con estoica serenidad, si es que no hubiera un camino para reducir la historia, y con ella las formas objetivas de la cultura a términos de experiencia humana. Una reducción a modos que no trasciendan al sujeto que los engendra. Porque buena parte del malestar intelectual que suscitan estas doctrinas proviene del valor sustantivo y absoluto que otorgan por anticipado a los entretijidos de la meditación -la historia o la vida- que han de reencontrar otra vez en el hombre como su principio y motor único. Al aproximarse las extremidades de la curva, aun cuando no se componga un círculo vicioso donde el principio y el fin se confunden en un solo punto, por lo menos se configura una espiral en la que el tiempo mantiene a distancia y cuida que la identidad entre el sujeto (hombre) y el objeto (historia o vida) no recaigan sobre el mismo instante, sino que se persigan el uno al otro en una fuga incesante.

El empeño de reducir la naturaleza y las formas de la cultura a unidad inmanente al hombre, a través de la interpretación de la historia o de la razón vital, propende a conceder al "todo" o total de la explicación lo que se

ha negado a las partes, una realidad trascendente a toda experiencia, un absoluto incógnito más allá de cualquier filosofía, religión o poética. Concluye en un purismo: la filosofía de la filosofía, la política por la política o la vida por ella misma.

A tono con esta propensión, la idea histórica, que originalmente se presenta como una metodología de las ciencias culturales, asume posteriormente el carácter de una filosofía y particularmente de una metafísica, al expresar todas sus consecuencias ella misma o sus continuadores. Es la razón vital que se anuncia como remate y consagración de aquellos avisos proféticos.

El paso y transformación de la inicial metodología en sus jugos metafísicos se realiza mediante la noción de vivencia, que se entiende como el modo original de toda realidad humana objetiva, la cual antes de ser libro, estatua, código, está inserta en una estructura psíquica de funciones múltiples y totales, desde donde sale disparado el tema, motivo dominante -intelectual, volitivo o estético- a su realización y cumplimiento efectivo. En la obra cuajan, parte realizándose y parte frustrados, los significados vitales que la engendraron, el desarrollo efectivo y los valores que presidieron el acto.

De esta vivencia se tiene un saber inmediato en los actos propios; y es, además, el fundamento para la inte-

ligencia de los ajenos, mediante la comprensión o revivencia de la generatriz por donde fue llevado al prójimo. En este último caso, la comprensión o revivencia recorre el camino inverso; desde la expresión hacia la estructura de funciones de donde la vivencia se proyectó en un desarrollo o proceso culminante de la obra. Camino de ida y de regreso donde el saber se mantiene en los límites de la propia conciencia humana, porque pasa desde la vivencia, que en cierta manera es ya un saber, al conocimiento que es una nueva vivencia; y de la expresión -o humano objetivo- hasta la revivencia, que es su fundamento. Este método reproduce para la historia los conceptos kantianos de "fenómeno", "categorías del entendimiento" y el irreductible "noumenon" o "cosa en sí", en la construcción paralela de las nociones de "expresión", "significado, valores y fines" y "vivencia".

Basta avanzar de la actitud crítica o en otros términos, de una especie de deducción trascendental del conocimiento cultural a partir de su sujeto propio, la historia, hacia los trasfondos de la vivencia, en una doctrina de carácter realista, para que broten las yemas metafísicas, como la de la razón vital. Proceso intelectual que tiene gran semejanza con el que originó los sistemas del idealismo alemán a continuación de la crítica kantiana.

En igual sentido, es significativo que la construcción ideológica de Dilthey esté suspendida de este hecho: el *factum* de las ciencias culturales. En otras palabras, del hecho de que se hayan integrado estas nuevas disciplinas, las cuales difieren de las científico-naturales en que estas últimas operan con los conceptos de necesidad y determinismo, mientras aquéllas se enfrentan a la libertad y al ser espontáneo del hombre. Este hecho impone la necesidad de encontrar un método de interpretación que concilie las contradicciones de unas y otras salvando la realidad de cada una de ellas. La fórmula de la reconciliación se propone con la *subsunción* de los extremos a un tercer término todopoderoso y autosuficiente que ahí es la historia, pero que más adelante puede ser la razón vital.

Hay algunas razones para no aceptar el paralelismo de situaciones entre las ciencias físico-matemáticas, a las cuales se enfrenta Kant y las histórico-culturales, que sirven de punto de partida a la nueva sistemática filosófica. La naturaleza aparece ante aquél como una legalidad objetiva conquistada sobre la realidad y cuya máxima expresión es la obra científica de Newton. La vida histórica, por el contrario, surge como una realidad, objetivamente válida pero infundada en cuanto a una legalidad de la cual sea su explicitación. En la primera

situación se hace la crítica del conocimiento a la luz de leyes objetivas, en las cuales se insertan por los extremos el sujeto (hombre) y el objeto (naturaleza). En la crítica de la razón histórica, no obstante la semejanza nominal con la realizada a nombre de la razón pura, se realiza otra cosa que una investigación del conocimiento histórico sujeto a leyes, pues lo que se pretende justamente es dotar de una legalidad peculiar al pasado humano. Y esta pretensión se ejecuta imponiendo a esa realidad una estructura derivada de la constitución espiritual del hombre en su estado presente.

Se puede inclusive llevar las formas filosóficas de la investigación bajo un cuidado y discreto hábito empírico, a tal punto que sea el propio pasado humano, por la investigación concreta de fases y figuras históricas, el que revele tras la calidad de los hechos puros y simples, esas estructuras psíquicas o espirituales que ya se introdujeron todas, de rondón al aceptarse el *factum* de las ciencias histórico-culturales. Pero, ¿no son estas disciplinas las que pretenden, sin atreverse del todo, tener la explicación de lo humano? Más que requerir un fundamento para su legalidad, esas ciencias están precisadas todavía de encontrar al hombre mismo.

Por último, conviene advertir que la aceptación del *factum* o sea el hecho de la constitución de las ciencias

histórico-culturales, nos pone ante muy complejas cuestiones que se pasan por alto con esa fórmula, entre las cuales se destacan la que se centra en el problema de la "experiencia histórica" y la que se refiere a la "idea de la historia". Hasta qué punto se arrastra una a la otra cuando la meditación filosófica arranca directamente de las ciencias culturales, no así del nivel más bajo donde se sitúa la experiencia histórica inmediata que tiene cada hombre, es un punto que parece decisivo para la comprensión del equívoco que encierra la teoría del historicismo.

¿Existe una experiencia inmediata de la historia? La respuesta podrá venir por la negativa, si se hace derivar del conocimiento a través de las ciencias particulares donde se ofrece el saber organizado del pasado humano, con el cual tomamos contacto a la manera y modos de cualquier otro conocimiento teórico, por las informaciones contenidas en los juicios que se transmiten a las generaciones.

Se trataría, en suma, de esclarecer previamente el modo de producirse la historia, como experiencia personal de la cual se tiene conocimiento y posesión a la vez. Esta investigación tendría que dejar a un lado el problema del sentido o programa que cumplen los acontecimientos, que se le designa también con el nombre

de idea histórica. La confusión de uno y otro tema es el equívoco fundamental del historicismo, cuya faena consiste en darnos por un análisis del saber inmediato de la historia, una elaboración filosófica de la idea, sólo que concebida al modo de una tecnología inmanente, en la forma de un fin concreto para cada proceso y figura del tiempo con centro sobre sí mismo. Lo que salva una apariencia de doctrina sin prejuicios ni supuestos previos.

En cierto orden psicológico toda vivencia es una actualidad, así sea que sobre ella gravite el pasado y discorra premiosa al encuentro del futuro. Un análisis que se mantenga en esa zona indiferenciada de estructura o nivel psíquico homogéneo a todos nuestros actos, repetirá sólo el momento del presente y por más que ensanche el ámbito de sus representaciones con noticias a las cuales adhiera una fecha, no podrá jamás recrear el pasado: la historia se despliega en capas distintas y yuxtapuestas. De ahí la necesidad de encontrar su conexión en un método de interpretación, es decir, en un momento ideal ajeno al tiempo y, sin embargo, que reproduzca su configuración.

No hay, ciertamente, una vivencia particular a manera de un saber inmediato que nos haga patente esta posibilidad que tiene el ser humano de manifestarse o

presentarse ante su conciencia como un pasado actual y un futuro que se está cerniendo ya desde el presente. Pero sí hay una experiencia de la historia que nunca se refiere a los actos aislados del recuerdo, de la fantasía o de la voluntad, sino en la cual colabora toda la conciencia. Es algo semejante al desdoblamiento entre el yo y el prójimo, este mismo yo y las cosas, entretejidos, indistinta y originariamente en la infancia. Sólo que ocurre a otro nivel psíquico en el cual han sido sobrepasadas aquellas etapas.

La conciencia histórica es la forma de esta experiencia, que es un momento en el desenvolvimiento del ser humano, no es exclusiva de nuestro tiempo ni absoluta para explicar todo el pasado del hombre, mucho menos su vocación o destino. Por vía de simple ensayo, a reserva de una fundamentación posterior, me parece que esta experiencia se suscita donde se dan estas condiciones: una conmoción intensa de la conciencia que afecta las estructuras sociales y, a la vez, las de representación del mundo, en que venía discurriendo aquélla; un sentimiento de abandono y de desesperanza, y un anhelo por recuperar cierta entrevista y deseada unidad de destino común al hombre. Podrá revestir la forma y el fondo de una conciencia religiosa en torno a la idea de la providencia; ser un modo de la expresión

filosófica o científica de la naturaleza; o también, sin que ella agote sus posibilidades, quedar dominada por la mentalidad política de un mundo lleno de amenazas y promesas en este orden.

¿Cuándo se da la experiencia que condiciona el nacimiento de la idea de la historia, esto es, la organización del mundo humano y natural en pasado, presente y futuro? La conciencia humana es solidaria en todas sus manifestaciones, de manera que no puede tenderse una línea de evolución con diversas etapas recorridas en el camino, sino que es una especie de ovillo cuya punta no aparece por ninguna parte. Así, no debe entenderse que la manifestación de la conciencia histórica, a través de una concepción religiosa del mundo, sea una especie metafórica; y otra más próxima –aunque todavía como crisálida–, la que se estructure en torno de un concepto científico natural; hasta el arribo de esta espléndida mariposa que es nuestra propia experiencia de la historia. Todas ellas son tan originales y propias como la nuestra misma.

Una especie de fenomenología de la experiencia histórica pondría al descubierto no una, sino varias formas potenciales en que se organiza y configura en diversas especies el conocimiento relativo. Una de ellas habría de referirse a la idea de Dios como padre y creador;

otra al concepto de una legalidad natural de las cosas; y otra más, sin que con ello se excluyan las anteriores ni se limite a éstas el número, la idea del Estado o de la sociedad como una vinculación superior y necesaria al hombre.

Otro tema que podría esclarecer una investigación de esta especie es el de las relaciones y parentesco de la idea en la conciencia histórica, bajo sus diversas formas –según el contenido de representaciones que corresponda a cada modalidad– sólo que teniendo de común entre sí ciertos conceptos con funciones paralelas. Tal, por ejemplo, el de una estructura o esencia original del hombre –Edad de Oro, Paraíso, estado de inocencia, comunidad primitiva–; la idea de una pérdida o frustración del mismo –adviene la Historia por obra de la violencia, el pecado, la civilización o la propiedad privada– y un concepto teológico que implica una recuperación, regreso o reconquista del pasado, trátase de una fe salvadora, de una liberación espiritual por obra del arte, de la ciencia y de la técnica o de una regeneración humana en la ejecución de una utopía.

La teoría filosófica de la historia en plan de ciencia disimula idéntica organización de sus conceptos bajo el manto de la abstracción y el formalismo teórico; organiza el más remoto pasado humano en torno a la idea

de la naturaleza o de la vida, introduce posteriormente el espíritu humano como una desviación; y vuelve sobre sus pasos con la idea histórica como síntesis suprema donde los extremos originales han quedado reabsorbidos. Este proceso puede concebirse como simultáneo a un instante cualquiera del tiempo humano o desenrollarse a través de todas las épocas hasta nuestros días, pero el esquema de la concepción se mantiene idéntico al de las teorías filosóficas de la historia, con lo cual se hace posible reducir a todas a una común experiencia del hombre.

Revista *Universidad*, núm. 7, 1947.

## LA INDIVIDUALIDAD DEL SER HUMANO

Con frecuencia se habla de individualismo a nuestro alrededor. Lo insólito del tema -con todas sus implicaciones sociales, políticas o filosóficas- induce a considerarlo un tópico banal, uno de tantos lugares comunes de nuestra época. A fuerza de oír un concepto repetidamente, bien por alabanza o como motivo de censura, en tantos que lo traen a cuento para las cosas más simples y más alejadas de su objeto, acaba pareciendo pura bazofia intelectual.

Si hay algo de difícil expresión, enigmático y, a la par, de inigualable belleza en la naturaleza del ser humano, este algo es la individualidad a que aspiran nuestras potencias, carnales y del espíritu. La nota dramática que se mezcla a ese afán, es la inevitable frustración de un logro permanente y definitivo.

Por ello, cuando se le hace valer como un atributo inseparable de la naturaleza, se exagera o se establece una verdad a medias. El ser individuo -esto es, la singularidad irremplazable de nuestra existencia en el orden

de la naturaleza o de la vida, introduce posteriormente el espíritu humano como una desviación; y vuelve sobre sus pasos con la idea histórica como síntesis suprema donde los extremos originales han quedado reabsorbidos. Este proceso puede concebirse como simultáneo a un instante cualquiera del tiempo humano o desenrollarse a través de todas las épocas hasta nuestros días, pero el esquema de la concepción se mantiene idéntico al de las teorías filosóficas de la historia, con lo cual se hace posible reducir a todas a una común experiencia del hombre.

Revista *Universidad*, núm. 7, 1947.

## LA INDIVIDUALIDAD DEL SER HUMANO

Con frecuencia se habla de individualismo a nuestro alrededor. Lo insólito del tema -con todas sus implicaciones sociales, políticas o filosóficas- induce a considerarlo un tópico banal, uno de tantos lugares comunes de nuestra época. A fuerza de oír un concepto repetidamente, bien por alabanza o como motivo de censura, en tantos que lo traen a cuento para las cosas más simples y más alejadas de su objeto, acaba pareciendo pura bazofia intelectual.

Si hay algo de difícil expresión, enigmático y, a la par, de inigualable belleza en la naturaleza del ser humano, este algo es la individualidad a que aspiran nuestras potencias, carnales y del espíritu. La nota dramática que se mezcla a ese afán, es la inevitable frustración de un logro permanente y definitivo.

Por ello, cuando se le hace valer como un atributo inseparable de la naturaleza, se exagera o se establece una verdad a medias. El ser individuo -esto es, la singularidad irremplazable de nuestra existencia en el orden

natural y del espíritu- está insinuado apenas en la arquitectura del hombre y como requiriendo un desarrollo o ejecución que a cada quien le incumbe como destino personal.

Desde el comienzo hasta el fin de la vida, una enormidad de nuestro espacio interior está ocupado por cosas comunes -a la especie zoológica, el comer, dormir, reproducirse; o al grupo social: pensar, querer o conmovernos al unísono con nuestros semejantes- mientras que, en cambio, es tan chico el sitio de la individualidad que, difícilmente deja testimonio permanente en la vida histórica.

A pesar de lo dicho, sin esa mísera ración, que está más en el afán que en el disfrute, quedaría degradado el hombre a la condición de cualquier bestia. Y no negamos que lo sea, a reserva de reconocer que es una bestia muy particular, tanto, que se afecta melancólicamente por no durar eternamente y por carecer la calidad de ser único, creador de todas las cosas. En otros términos, es una bestia herida de mal metafísico, o de lo que llaman los teólogos "pecado original".

No es la humildad una virtud querida al corazón del hombre. Y sí su contraria, la soberbia, ejercita su poder sobre todos nuestros actos, soberanamente domina la potencia suprema, el afán de individualidad que

se dice también conciencia de existir. El "yo existo" de cada quien -raíz de la individuación del ser humano- se presenta a sí mismo, en plan de soberbia metafísica, o ética, como el fundamento de la vida universal y de las exigencias éticas.

Sin ir tan lejos como la soberbia induce, ni quedarnos cortos considerándolo un regalo de la naturaleza, la individualidad del ser humano es un problema que merece mayor atención que la de estas breves y desiguales notas. Hacemos la advertencia, además, que sólo se trata de anotar algunas reflexiones marginales deslizadas por el contorno del problema. A tal propósito, y en tentativa de explorar lo desconocido formularemos las siguientes interrogantes: ¿por qué medios se expresa el ser individual del hombre? ¿Cuál es el precio o cuota de tan deseado afán?

Comenzaremos recurriendo a una respuesta sencilla y atractiva que engloba ambas interrogaciones. Nada más propio de la individualidad del hombre que la notoriedad exterior ante nuestros semejantes. La posición social muy probablemente debida a razones económicas, es con frecuencia, el medio de estimar la individualidad de cada hombre y, a la vez, el índice del precio exigido a dicho afán. En este orden ningún alarde de originalidad más propio que el de la moda, denota lo

que se alcanza y puede rendir la posición social. Sólo que son de corta duración en cada vez de los efectos de notoriedad inicial que por este medio se obtienen. Al extender y generalizar sus formas a todas las capas sociales la moda aniquila la distinción alcanzada primeramente. Puede, sin embargo, extremarse el dinamismo del fenómeno, llevando a la exageración ciertas notas significativas: se alargan, se recortan o estrechan las prendas de vestir, o se extreman los gustos; el vocabulario o la materia de los sentimientos, de las creencias y de las ideas.

De esta manera se obtiene una cierta apariencia de individualidad que satisface a los más y por cuyo disfrute, régimen a que se le llama pomposamente "individualismo", están dispuestos muchos hombres a romper lanzas, como si se tratase de la última y más refinada fase del perfeccionamiento humano en el orden social.

Convicción tan plácida tropieza, sin embargo, con la decepcionante reflexión de que ese medio expresivo de la individualidad, no tiene mayor significación para el orden estrictamente humano, que la de ciertos caracteres sexuales secundarios en el reino zoológico. Es a la raza humana lo que para otros seres, el plumaje, la melena o el rabo. En resumen, una nota distintiva de la especie misma y cuando más un hilo conductor del instinto de reproducción de sus miembros.

Se explica la recurrencia de este modo de individualismo humano, en ciertas etapas de la vida social, como un medio de reducción al estado gregario, de las tendencias humanas que amenazan con la frustración de la especie. Y justamente, se utiliza para ello el impulso egoísta, que produciendo notoriedad del individuo convoca en torno suyo las fuerzas generatrices de la vida.

Contrariamente a su apariencia, tales prácticas no denotan individualidad eximia, sino formas irregulares y desviadas de sociabilidad, como que se consigue por maña la subyugación de lo individual a las leyes de conservación del grupo zoológico. Por tanto, la individuación que procura la notoriedad social es un callejón sin salida del propio anhelo, del cual recae en formas primarias de agregación animal.

Sin perder de vista las reflexiones anteriores, indagemos de nuevo en el fondo de la cuestión planteada. El hombre -se dice ya por venerables maestros de la antigüedad- es un ser social por excelencia. Lo que nos induce a pensar que la individuación, haciendo del ser humano un coto clausurado al vagabundeo del prójimo, es un impulso incorrecto dentro del orden de la naturaleza. Salvo que el hombre no sería tal ente que es en la creación si viviese permanentemente enajenado a los requerimientos de la especie. Ni alcanza a ser del

todo individuo -ente indivisible, original y único- ni disuelve enteramente su naturaleza en el océano sin formas de la materia biológica.

Por ello, es improbable que la individualidad del ser humano resida en propiedades adscritas original y definitivamente a su pura naturaleza zoológica. En el sentido estricto del conocimiento, el mundo físico sólo produce especies; y la apariencia de un universo integrado por entes individuales es un reflejo de la condición humana. En la naturaleza concebida por la ciencia, la individuación de los seres sólo alcanza el grado de los géneros y de las especies. Y por ello, porque el saber científico se realiza en conceptos y éstos revisten un significado general y abstracto se ha dicho, por eso, que no hay ciencia de lo particular.

Los entes o cosas particulares son susceptibles de historia, mas no así de ciencia. Por lo menos esto asegura la doctrina clásica. Y para este mismo pensamiento, es una consecuencia forzosa de sus premisas, la aseveración de que la materia es el principio de individuación de los seres. A la cual sólo debe agregarse que tal principio no alcanza al grado de intimidad profunda que el sentimiento de individualidad tiene en el hombre.

Como las propiedades de la materia son comunes y abstractas, cualquier fracción que se tome como uni-

dad reproduce las características de un género. El concepto de individuos, dentro del saber científico, corresponde a unidades de una serie; y por tanto, tal individualidad, sólo encarna lo típico, una división interior a un concepto más general. Es en consecuencia, la noción de una especie.

La regla clásica de la definición exige el establecimiento del género próximo y la diferencia específica. Este procedimiento revela que todo concepto funda especies sin alcanzar la intimidad del ser dada por la verdadera individualidad.

Un pensamiento análogo produce la doctrina de que lo individual de cada hombre consiste en la realidad concreta de la idea; y en cuanto lo genérico del hombre consiste en ser dotado de razón, se concluye que sólo la sabiduría hace verdaderos individuos. El sabio o el filósofo quedan elevados a la categoría de paradigmas de humanidad.

Razón y materia, en su generalidad y abstracción se equivalen. Tanto alcanza una, en grado a lo individual de cada ser, como la otra. Si se hace valer la materia determinada como principio de individuación en el orden físico, otro tanto representa la razón cognoscitiva en el mundo espiritual. Y, sin embargo, ambos sólo producen lo típico, especies mas no individuos. Ser filósofo

fo no es una entidad menos colectiva, que la del ser hombre atento solo a características biológicas.

No hay un camino seguro para alcanzar la individualidad. Ni menos único. Así hemos señalado la calidad negativa del que procura ésta en la originalidad social -dentro de ésta cabe, en amplio sentido toda notoriedad de tipo histórico, como son la vida política, la de los negocios o la de la guerra. Y otro tanto, respecto de las notas físicas o intelectuales significativas. Pero, nadie duda, sin embargo, que todos los órdenes indicados ofrecen ejemplos de vigorosas individualidades; sólo que ahí donde han existido y actuado, debe pensarse en dinamismos psíquicos e influjos, que no encajan en la explicación formal y mecánica de un principio único.

Podemos creer, no obstante, la impotencia del entendimiento para dar cuenta de ella, en la individualidad de lo humano, por el poderoso sentimiento que afirma en nosotros, algo indestructible y original. Por lo que llamaría Kant, un principio de la razón práctica.

En consecuencia, no hay siquiera otra explicación de la individualidad y del individualismo, que su mera existencia. Ni el más profundo sistema de individualismo metafísico, que es el de Leibnitz, contiene en definitiva otro recurso, que apelar al testimonio de la conciencia. Más que demostraciones incita a una

verificación íntima en el seno de la vida psíquica de cada sujeto. Igual acontece al individualismo ético: se ofrece en calidad de reto, como invitación a correr un riesgo de siempre nuevo y palpitante misterio.

Sólo hay medios de expresión, no razones para fundar el ser individual del hombre,. Entre todos, el más profundo y elemental, que hace raíz de todos los otros, es la pura conciencia de existir. Cuando alguien afirma y se afirma a sí mismo como existente -el "yo existo" anterior aun a la duda de Descartes- arroja a la naturaleza una piedra de provocación y de escándalo. Fuente de placeres y sufrimientos, la individualidad del ser humano, arraigada en su conciencia de existir, tropieza en la idea de una muerte con un límite inquebrantable. Esta amenaza con la disolución del individuo en un torrente fluido e informe.

A partir de ese oscuro núcleo de convicción y presentimiento, se desarrolla el afán de individuación, tanto más preciso y vigoroso, cuanto mayor hondura adquiere la conciencia de la limitación y finitud de la existencia humana.

El afán de individuación es anhelo de inmortalidad. Ello se expresa en la inquietud de engendrar obras que duren y permanezcan para siempre, prolongando en el tiempo nuestro fugaz soplo espiritual.

La individualidad se transfigura, por efecto de las obras y éstas son amor, no buenas razones en la persona, entre lo "específico" de la historia, el arte o la filosofía. El ser de la persona es una cristalización del individuo en formas universales de ideas y, acontecimientos o valores estéticos. Es la expresión de aquel afán y también el fruto maduro y caído ya del árbol cuya pudrición nutre de nuevo la insaciable tierra.

Armas y Letras. Año VI. Núm. 2. Febrero 28 de 1949.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## TEORÍA DE MONTERREY

El motivo fundamental de traer a la memoria el pasado de una ciudad, no debe consistir en el sentimiento de orgullo o de vanagloria que frecuentemente impulsa a los hombres al hacer gala de su genealogía.

Más legítimo será referir el propósito, al deseo de honrar la memoria de nuestros antepasados. Pero aún esta consideración no bastaría a explicar el esencial significado de este 350 aniversario de la ciudad de Monterrey. Para mí es fenómeno de que la ciudad ha adquirido conciencia de sí misma, habiendo llegado a su madurez espiritual. Es decir, a un momento en el que el pasado adquiere un matiz especial que lo convierte en tiempo histórico.

Ocurre, en efecto, que no todo transcurre temporal histórico. La conciencia lleva un registro particular que no coincide momento a momento con el dato cronológico. Se ha menester que ciertos acontecimientos sirvan de eminencias para que los sucesos ocurridos con

La individualidad se transfigura, por efecto de las obras y éstas son amor, no buenas razones en la persona, entre lo "específico" de la historia, el arte o la filosofía. El ser de la persona es una cristalización del individuo en formas universales de ideas y, acontecimientos o valores estéticos. Es la expresión de aquel afán y también el fruto maduro y caído ya del árbol cuya pudrición nutre de nuevo la insaciable tierra.

Armas y Letras. Año VI. Núm. 2. Febrero 28 de 1949.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## TEORÍA DE MONTERREY

El motivo fundamental de traer a la memoria el pasado de una ciudad, no debe consistir en el sentimiento de orgullo o de vanagloria que frecuentemente impulsa a los hombres al hacer gala de su genealogía.

Más legítimo será referir el propósito, al deseo de honrar la memoria de nuestros antepasados. Pero aún esta consideración no bastaría a explicar el esencial significado de este 350 aniversario de la ciudad de Monterrey. Para mí es fenómeno de que la ciudad ha adquirido conciencia de sí misma, habiendo llegado a su madurez espiritual. Es decir, a un momento en el que el pasado adquiere un matiz especial que lo convierte en tiempo histórico.

Ocurre, en efecto, que no todo transcurre temporal histórico. La conciencia lleva un registro particular que no coincide momento a momento con el dato cronológico. Se ha menester que ciertos acontecimientos sirvan de eminencias para que los sucesos ocurridos con

anterioridad se organicen en una perspectiva visible para la mirada interior del alma.

Este singular fenómeno de reconquista del tiempo descubre el pasado y lo incorpora al lote de nuestra experiencia, como un recurso de que se puede echar mano el ser vivo para sus futuras acciones. Pero sólo se opera de trecho en trecho, en la medida de ciertas modificaciones profundas que afectan la estructura de la conciencia y provocan una variación brusca; como ocurre en las mutaciones biológicas. Son las articulaciones o módulos que permiten considerar la historia de un hombre, la de un pueblo, o la de una ciudad como organismos espirituales.

Sobre este particular no creo equivocarme al señalar la nota más significativa del 350 aniversario, en la realización de uno de esos momentos que se puede llamar, con un poco de énfasis, épocas históricas. Si es cierto, comentaríamos una deslealtad con el espíritu de los hechos, al dejar de practicar en este día la operación de resumen y balance que requiere toda obra en que se ha concluido un capítulo y se tiene el siguiente a la vista, todavía en blanco.

Pero, antes de introducirnos por los senderos del pasado, conviene hacer la observación de que la ciudad de Monterrey, no obstante la carga de tres siglos y

medio de existencia, aparece juvenil, emotiva, y ligera. Dan ganas de apropiarse en una variante la expresión del poeta jerezano para llamarla "joven señora".

Por lo demás, este rezago maternal no ha sido nunca un lecho suave y mullido. Con mucha exageración quizá, pero exacto en múltiples sentidos se le podría llamar valle de la desilusión. Aquí se desvaneció el sueño de grandeza de Luis de Carvajal. Fallaron luego las esperanzas, salvo breves espejismos, de las bonanzas mineras. La condición agreste y montaraz de los indígenas frustró la fundación de ricas haciendas campestres; y ni siquiera la ganadería quedaba seguro de las furiosas acometidas de los nómadas. Por último entre las avenidas de las torrentes y la frecuencia de las fiebres la ciudad vivía en inminencia de muerte. A lo largo de dos siglos y medio el resultado de la lucha con los elementos era todavía incierto.

Tal es nuestra primera edad en que se enfrentan y atacan dos formidables antagonistas, la naturaleza y el hombre. El teatro en que se desarrolla la escena tiene una impresionante majestad. Un colosal parapeto de montañas cierra el horizonte por el sur. Desprendidas de la cordillera principal, a manera de puntas de lanza, entran al valle dos serranías, una por el camino del oriente y otra por el oeste. De los estrechos cañones que se

forman en el corredor poniente de las montañas, bajan aguas a torrentes por un cauce que serpentea en la falda de las montañas. El valle sólo está abierto hacia el norte en semicircular planicie casi desértica. Obligados por la necesidad de tomar cerca el agua y a seguro de los ataques de los indígenas, los primeros pobladores se asentaron entre las cañadas, bajo una tupida vegetación, envueltos por la humedad, el calor y las densas flotillas de insectos.

La ciudad estaba vuelta de espaldas al centro de gravitación de la Nueva España. Fue un lugar de escaso tránsito, aun por los viajeros que pasaban a las fronteras más lejanas del virreinato. Estos preferían internarse por Saltillo hacia Monclova y San Antonio de Béjar, las batidas tropas de Hidalgo soslayaron el camino de Monterrey y también Santa Ana hizo otro tanto. Quizá el primero que cruzó la ciudad en viaje directo a internarse al centro de la república fue el ejército del invasor norteamericano.

La relativa cercanía del puerto de Tampico resultaba eficaz, por las complicadas reglamentaciones del tráfico que rigieron el comercio marítimo de la Colonia y los riesgos de la travesía. En resumen, la ciudad quedó sitiada por el desierto, la montaña, el rigor del clima y la pobreza general de las tierras.

Con el apoyo de estos antecedentes parece un complicado acertijo descifrar la prosperidad y la grandeza contemporáneas de Monterrey. Pero es que no hemos tocado el capítulo relativo al hombre y a las oportunidades que ofrece la historia de los pueblos.

La primera parte de la lucha entre la naturaleza y el hombre parecía ganada, en principio por aquella; más apariencia. Los pobladores españoles no abandonaron jamás la tierra después del fracaso de Carvajal - y a sus virtudes de padres generadores de pueblos habrá que abonarles este hecho. Cierto es que tuvieron que acomodar su condición humana a la resequedad y bravura de la tierra.

En esta mutua relación del paisaje y el hombre, tenemos la determinación histórica más arraigada de esta comarca. Aun más que el cruce de las razas, la acción de la tierra engendra el mestizaje. Y donde falta, como es el caso, la mediación humana del indígena, a través de las especies vegetales y hasta la montaña o el río, se verifica esta transmutación de un pueblo antiguo en otro nuevo.

Los pobladores del Nuevo Reino de León llegaron aquí españoles, donde se transformaron en criollos y acabaron en heredarnos una patria que es México.

La revolución de Independencia puso al descubierto esa transformación que se venía operando en cada

poblado y ranchería, avasalladora y secretamente. Nada más mexicano que el ranchero de la frontera, cuyo tipo físico y psicológico quedó sellado en el siglo XIX. Se asemeja, aunque menos vistoso, al charro del Bajío; la pobreza de su indumentaria se realza con la talla vigorosa y flexible del jinete; su coraje y nobleza están influidos del trato con el ganado; es sobrio como la tierra y ha acomodado su vida a los riesgos de la escaramuza con el salvaje, los bandoleros o los fiscales, que asechan el botín, asaltan diligencia o celan el contrabando.

Al frente de esta clase ganaron celebridad Zuazua, Zaragoza, Escobedo, Quiroga. Los mismos jefes reproducían la estampa de su tropa, "Rifleros de Nuevo León" y "Cazadores de Galeana".

En el siglo XIX, por otra parte, no habría de pasar sin que en él se consumase la segunda edad de nuestra historia. Es doloroso que el acontecimiento en que se origina esta nueva fase haya de ser la mutilación del territorio nacional por los norteamericanos. No nos quede de ello, sino la triste y orgullosa satisfacción de haber pasado de golpe a servir de repecho a la honra nacional.

Es decisivo para nuestra cuenta, que desde entonces México iniciase ese cambio de órbita, en donde substituyó el eje oceánico de su vida social y económica, por

otro terrestre con centro de gravitación en Washington.

No puede decirse que las cosas cambiasen de improviso; pero sí, que una vez abierta la brecha por las armas, habrían de seguirlas, andando el tiempo, el ferrocarril, el comercio, las carreteras y hasta los turistas. Mientras tanto la historia operaba sus cambios de escenario. En Estados Unidos, la guerra separatista del norte contra el sur. En México, la de Reforma y la Intervención Francesa.

Esta región de la frontera quedó más o menos equidistante de los campos de batalla. Intervino en ellos, no obstante; en nuestro propio territorio, con tropas y jefes; en uno y otro lado de la contienda por el comercio y el contrabando. Hay indicios de una época de bonanza comercial entre el sexto y el séptimo decenio del siglo recién pasado. Quizá en conexión con esos acontecimientos políticos y sociales. Surgen a poco tiempo las primeras industrias textiles absorbiendo a los artesanos del ramo muy probablemente influidas en su instalación por la proximidad de la zona algodonera de Norteamérica.

El triunfo de los estados industriales del norte de la Unión, en la guerra separatista, repercutió intensamente sobre el destino posterior de la ciudad. La ubica-

ción de los centros manufactureros norteamericanos, más próxima al litoral del Atlántico y en conexión con el comercio mundial por este océano, encontró su plano de deslizamiento hacia México por una vía ferrocarrilera en este extremo de la frontera. El enlace de Monterrey por el ferrocarril con Tampico y Matamoros, Torreón y la capital de la república cerró el circuito de su posición estratégica como nudo de las corrientes de ida y vuelta entre las dos naciones vecinas.

Nada valen las oportunidades de la historia si no se encuentran con hombres cuya energía y capacidad de visión se transformen en hechos generadores de riqueza y bienestar para un pueblo. ¡Fortuna para México y para todos nosotros que los haya habido!, como los que fueron capaces de interpretar el favor del tiempo y el lenguaje de las edades postreras.

Instalaciones industriales, y establecimientos bancarios, edificación pública y privada, y saneamiento de la ciudad y dotación de agua potable, fueron las obras de fines del diciembre y principios del siglo XX. Con ellas respondió Monterrey a la necesidad de destacar un centinela en la raya mexicana.

Entre tanto, la ciudad iba cobrando un aire nuevo, de mayor holgura y seguridad. Avanza hacia el norte y se despliega para seguir los emplazamientos industria-

les. La casa familiar transa la antigua huerta, a la cual aprisiona entre los patios y traspatios, cerrados algunos por corredores con arcadas de pilastres gruesas y toscas. El aspecto general tiene algo de mediterráneo y andaluz. La vida provinciana se derrama con lentitud y monotonía. Se duerme la siesta y se merienda con café y tortillas de harina. Los paseos elegantes se hacen en carretera y la modesta serenata atrae a la clase media, mientras que a los bailes más rumbosos, con señoritas ataviadas a la moda de París, acude el señor Gobernador. Es nuestro siglo XIX que nos legó las primeras industrias, el Palacio de Gobierno, la red de agua y drenaje y algo más de longitud y estatura a la ciudad.

Nos legó además, en incipiente estado de formación, la conciencia urbana que había de florecer y está madurando a través del proceso de la Revolución mexicana, cuya positiva influencia se muestra en el número de los habitantes, ya cerca del cuarto de millón, en la estructura nacional de sus industrias, en la complejidad de sus problemas sociales y cotidianos y, por encima de todo, en esa voz del destino que hace sentir a la ciudad estar llamada a ejercer una alta función en la estructura social, económica y espiritual de México.

Esta tercera y última edad de Monterrey, que es la adquisición de su conciencia y del sentimiento de su

responsabilidad nacional, remata en la actualidad del 350 aniversario de su fundación que hoy celebramos. Pero, antes de concluir el relato y obtener la lección de la historia, será menester referirnos a las fuentes espirituales de donde se ha nutrido la conciencia de la ciudad. Los más remotos y también los más próximos de estos veneros han dejado en el cuerpo urbano las estructuras de los órganos con que se ha ido edificando la vida histórica. El viejo trazo de la ciudad pone de manifiesto las más eminentes categorías del pensamiento y la existencia española: Casa del Cabildo o Consejo Municipal donde se ejerce el gobierno y la policía de la ciudad; iglesia para la oración, frente a aquel edificio, y entrambos la nota alegre y picaresca de la plaza, que fue en otrora centro de reunión para las milicias y asiento a las ferias y que hoy facilita sus andadores al doble anillo giratorio de la serenata. El comercio ha labrado sus propios edificios y vía de tránsito en una especie de brazo o estribación que se desprende de la plaza. Hacia el norte y tras de una apretada faja de casas de hechura mediterránea, muy nuestro siglo XIX, se observan instalaciones industriales entre una tupida y sinuosa red de viviendas obreras; vías férreas a cuya orilla se acomodan las fábricas como si fuesen otro río; y esa anchurosa ribera que es la avenida Pino Suárez, donde la po-

blación obrera pone con sus yompas azules la nota alegre y optimista del nuevo tiempo.

Algo podría decirse también del espíritu de la época con relación a las nuevas construcciones que se recuestan en el cerro del Obispado, con ahogo de esa ruina poderosa y venerable; y en otros parajes alrededor de la ciudad. Y algo más de sitios dentro de ella, donde la vida no es amable y civilizada. Pero ya no haré referencia sino a lo que conviene al objeto de este discurso, que en esa parte concierne a la estructura espiritual de Monterrey.

A medida que ha ido creciendo en recursos, prosperidad y experiencia, la ciudad ha ido enriqueciendo su memoria hasta el punto de iluminar con el vigor de ahora las vicisitudes y las zozobras del pasado. Surgen a su vista las denodadas figuras de los fundadores y de los primeros pobladores del Nuevo Reyno de León: capitanes, misioneros e indígenas; la aguerrida tropa que pobló el estado y le dejó la numerosa familia de las comunidades; héroes de nuestra historia política y entre ellos, particularmente, el Padre Mier, cuyo ardor republicano ilumina la Independencia con resplandores de incendio. Aparece también Gonzalitos, esa suave figura que es franciscano, humanista y hombre de ciencia; tras de él la serie de generaciones de maestros, y la Escuela

Normal. La memoria de la ciudad se halla poblada del espíritu de sus buenos gobernantes, caudillos militares y civiles, directores de empresa y de la innumera multitud, entre todos los cuales la han ido alcanzando del barrizal y la choza, a la calzada de pavimento y a la casa de cantera; del campo, al taller y a la fábrica: de la lucha incierta contra el nómada, al espíritu del derecho.

¿Qué haremos nosotros, los contemporáneos, para proseguir esta obra que han hecho el tiempo y los hombres? Limitar nuestro homenaje al recuerdo y la administración, no salda la deuda histórica, a menos que prescindiésemos de la idea de perfeccionamiento de la sociedad y del individuo. En tanto que haya historia toda generación recibe otra y entrega a la siguiente una tarea siempre inconclusa, a la vez que una determinada energía con que llevar a cabo la empresa propia de cada edad. Esta ley de la continuidad del esfuerzo es base de lo que se denomina progreso humano, aunque la meta ideal se mantenga inaccesible.

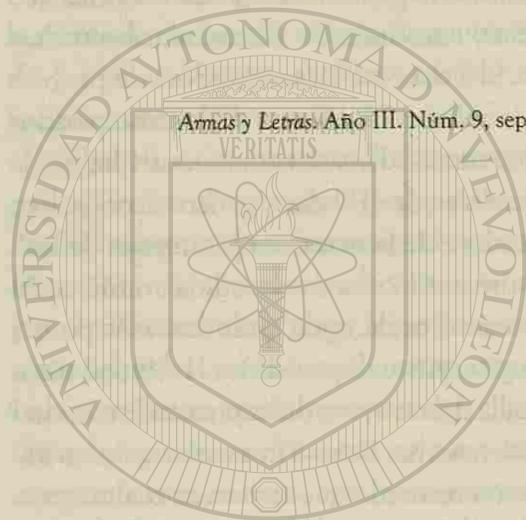
Muchas generaciones antes de nosotros, y otros, primero que ellos, algunos hombres pensaron estar edificando una ciudad, cuando no pasaban de darle al principio. Y si al llegarnos el turno creyésemos que no hay más que hacer, sino agradecer la fortuna de haber tenido tales antepasados, en ese preciso instante estaría-

mos destrozando el monumento que merece su fama. Sólo se conserva en el tiempo lo que se somete a su mudanza.

A fin de darnos la plenitud de la vida histórica que hoy disfrutamos, consumieron su existencia muchos hombres en el fuego de esa fuerza creadora de pueblos y ciudades que calcina los huesos de los antepasados para abonar la entraña de la tierra en donde habrá de florecer una nueva espiga. Edades y generaciones se han sucedido pasándose de la mano un juramento de lealtad en el propósito como una encendida antorcha. Al llegar nuestro turno es de rigor prender más puro y más alto el fuego espiritual que edifica la ciudad siempre inconclusa, la del cuerpo y del espíritu. Con lo cual seremos verdaderamente fieles a la memoria de los antepasados, con un recuerdo que envenena el alma porque desprende la vida del pasado paralítico y la empuja a la conquista de riberas inexploradas.

Hagamos, por lo tanto, en honor de nuestros antepasados lo que ellos nos dejaron en honra: sostener el impulso que hace rendir el fruto prometido por cada día, mientras la esperanza hila el tiempo venidero. Seamos fieles con ellos en el espíritu perturbado, más que su nombre, la ley por la cual lo consiguieron, la de consumir el afán en una empresa que no habían de ver

sus ojos y con la cual también los nuestros están alucinados; la pura y luminosa eternidad de una ciudad perfecta.



Armas y Letras. Año III. Núm. 9, septiembre de 1946.

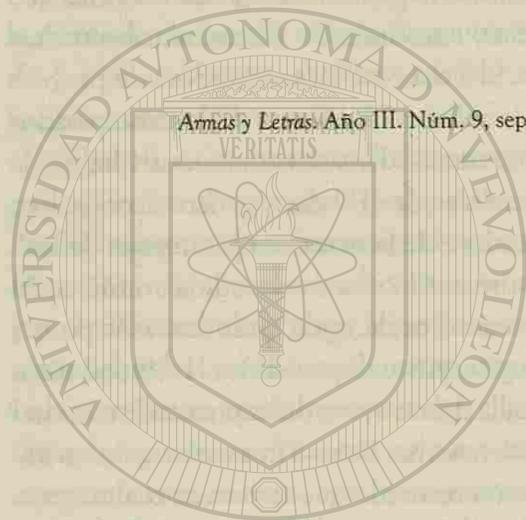
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LA VIDA PÚBLICA DE MÉXICO "JUEGO DE PIRÁMIDES"

... Preocupa a los jóvenes en lo que está corriendo en el tiempo de hoy y el sentido que estos acontecimiento pueden tener para ellos y para muchos otros que estamos incluso en la dimensión más profunda de esta vida espiritual, social y política de nuestra comunidad.

Esta preocupación nos lleva a pedir a otras personas, a miembros de esta generación que ya vamos de salida, una aportación con respecto a nuestra personal concesión de esta vida pública y bajo esa limitación a la que voy a expresar enseguida, que algunos llaman la brecha generacional; quiero decir que es una limitación sin duda alguna, la experiencia tiene un sentido de crecimiento y abundancia de información o de experiencias en los hombres de mayor edad, pero a la vez tiene también un significado de abarcar una línea del horizonte si bien más alargada en la proyección del pasado, en realidad menos amplia para el futuro que general-

sus ojos y con la cual también los nuestros están alucinados; la pura y luminosa eternidad de una ciudad perfecta.



Armas y Letras. Año III. Núm. 9, septiembre de 1946.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## LA VIDA PÚBLICA DE MÉXICO "JUEGO DE PIRÁMIDES"

... Preocupa a los jóvenes en lo que está corriendo en el tiempo de hoy y el sentido que estos acontecimiento pueden tener para ellos y para muchos otros que estamos incluso en la dimensión más profunda de esta vida espiritual, social y política de nuestra comunidad.

Esta preocupación nos lleva a pedir a otras personas, a miembros de esta generación que ya vamos de salida, una aportación con respecto a nuestra personal concesión de esta vida pública y bajo esa limitación a la que voy a expresar enseguida, que algunos llaman la brecha generacional; quiero decir que es una limitación sin duda alguna, la experiencia tiene un sentido de crecimiento y abundancia de información o de experiencias en los hombres de mayor edad, pero a la vez tiene también un significado de abarcar una línea del horizonte si bien más alargada en la proyección del pasado, en realidad menos amplia para el futuro que general-

mente lo enfrentará menos al conocimiento que al impulso, a la transformación y a la paz en los jóvenes para identificar un mundo mejor que aquel que revelan sus anteriores...

Sin entrar en contradicción con las normas jurídicas y los postulados democráticos y sólo a nivel político, se dice que es el propio Presidente de la República el que indica quién ha de sucederlo en el poder. Y sin embargo, de parecer un privilegio favorable al continuismo, sucede que en ocasiones es como la gracia final del sentenciado a elegir quién ha de hacerlo fenecer.

Práctica que se asemeja al antiguo rito descrito en el mercedamente célebre libro *La rama dorada*. El oficiante en el sagrario del templo de Artemisa tiene por sucesor único al osado violador del recinto que a riesgo de su vida dobla la rama de oro y sacrifica al sacerdote del templo en aras de la deidad.

Este modo de sucesión que ahora no se practica materialmente, mantiene, sin embargo, su valor simbólico en las verdaderas transferencias de poder de las sociedades históricas, a través de mecanismos de mayor o menor sublimación de la violencia en la raíz del cambio.

En sustitución del acto que realiza la aniquilación del poder establecido, se instala una representación que

hace innecesaria la violencia (en apariencia) para dar paso al nuevo poder. Simula el regreso a los orígenes para instaurar el poder de nuevo, mediante su negación instantánea, por un acto de renacimiento.

Vuelve lo mismo, limpio de las impurezas de su gestación, absorbidas precisamente merced de este ritual establecido por la comunidad. Surge de nuevo a una vida superior o se abre simplemente a otra primavera de la incesante aventura humana.

En este acto de aniquilamiento y recuperación del tiempo se granitica la perpetuidad de la comunidad y se rubrica el valor transitorio de quienes ejercen el ministerio o su representación. Los poderes supremos del destino elevan la víctima y al victimario a la unidad de una transición generativa de padre a hijo y reversible de éste sobre aquél, por una consagrada violencia. Privilegio que corresponde a la suma potestad del príncipe que debe morir y renacer en otro.

“Los que han de morir te saludan”, claman las víctimas al César Imperator y la iluminación de ambos sujetos del tránsito, como la unidad de las voces del coro y del héroe, se realiza en la apoteosis de la muerte. Lo que importa es sostener (*sustinere*) al poder y perpetuarlo a través de la suprema vicisitud. Viva el César; “el rey ha muerto, viva el rey”.

¿Podrá ser abolida esta secuencia antigua de las sociedades humanas, para dar paso y asegurar la paternidad de la sociedad sin recurrir al parricidio?

¿Disimula, acaso, tan sólo el cambio de poderes un ideal de progresismo y sus agentes más clarificadores, la democracia y la organización de la sociedad con la división del trabajo racional técnico-científico?

En estos modos quizá se enmascara la raíz y el desgarramiento violatorio y ritual en que se consagra en poder; pero ha sido transferida ideológicamente la relación del poseedor original del carisma y el ejecutor o ejecutores en ciernes de su sustitución.

En estos modos quizá se enmascara la raíz y el desgarramiento violatorio y ritual en que se consagra el poder; pero ha sido transferida ideológicamente la relación del poseedor original del carisma y el ejecutor o ejecutores en ciernes de su sustitución.

Se preocupa sumergir el conflicto en una apelación al consenso del protagonista y de las entidades persecutorias y ávidas de la consumación; el propio oficiante realiza los preparativos y disfruta en providentes ofrendas de primicias la ceremonia en que ha de ocurrir la incruenta operación de descuartizarlo.

Por este mecanismo de simulacro se sublima la original y no por ello menos exigente necesidad, hoy como

ayer, de hacer ejecución de lo que declina y muere de lo individual; abrir las compuertas subterráneas y celebrar la nueva luz que se anuncia de otra primavera y el triunfo de la vida.

El cautivo del poder en esta nueva "guerra florida" y supremo oficiante del mismo, debe llegar a la plataforma del honor más alto, que es su patíbulo, colmado de las dádivas que disfrazan las inminentes vicisitudes de la consumación del rito expiatorio.

Hay casos en que la realidad que engendró el poder antiguo reclama incineración total, que en las sociedades de los tiempos más recientes se representa como una exigencia de la democracia y el imperativo de la razón de Estado, la pseudoviolenca revolucionaria o el fuego sagrado en que llega a su fin un ciclo y su estilo político.

Ciertos modos de sucesión en la historia contemporánea del mundo han vuelto a instaurar el pasado arcaico y ejemplar. Así, Stalin hace ejecución histórica de Lenin, y en cambio, la revolución permanente de Trosky sólo es congruente con la derrota y el exilio de él mismo.

Otra paridad singular se construye con las figuras de Kennedy a Johnson o de Nixon y Ford a Carter, unos a otros, unidos, los primeros por la sangre y reunidos

los de la segunda serie en la ejecución exorcisante de Jimmy Carter.

En México debemos recordar a Victoriano Huerta, victimario de Francisco I. Madero. Y las ejecuciones de Carranza por Álvaro Obregón, sacrificado a su vez en otra instancia. Y la eliminación -bien que no haya sido a precio de sangre- de Plutarco Elías Calles por Lázaro Cárdenas. Anteriormente en el transcurso del siglo XIX este paradigma ilustró la extinción de Benito Juárez en el porfiriato de Díaz.

#### *Movimiento sin cambio*

La institucionalidad del cambio surge con el Partido Nacional Revolucionario fundado en 1929 por el general Calles para liquidar la mecánica del surgimiento y muerte de los caudillos. Y lo que en realidad ocurrió constituye la sustitución de un proceso de cambio por conflicto, con el flujo de una continuidad del poder administrativo con apoyo del jefe militar y el limitado margen de cambios en la cúspide del Ejecutivo.

Así fue que Ávila Camacho recogió de Cárdenas, el último de los caudillos militares y el primero de los civiles, un poder político de administración que engrandecieron sus continuadores Alemán y Ruíz Cortines.

Una fractura o grieta de la sociedad mexicana empezó a dibujarse desde Adolfo López Mateos por el crecimiento cuantitativo de un conflicto larvado en la base, con evidencias de derrumbe, en Díaz Ordaz y consumado bajo el mando del presidente Echeverría.

En el transcurso de las cuatro décadas de institucional transferencia del poder, aunque sin dejar de existir por las antesalas de palacio la asordinaada lucha o ejecución de los sucedidos por los sucesores, los fijos puestos públicos y la uniformidad del postulado básico del poder que no muere y se renueva automáticamente a sí mismo, consagraron la especie de una generación perpetua de lo mismo a lo mismo.

Entre tanto, hemos arribado a la fractura de la pirámide social hasta la profundidad inaccesible de toda la inmensa desventura en que yace el subsuelo humano de la masa móvil de esta inmensa montaña flotante. Un céntimo de ello es el rompimiento visible en las capas superiores del cuerpo social y político.

Es que al correr de estos 40 años que incluyen los sucedidos más catastróficos de nuestra edad histórica en el mundo -como son los años de la segunda guerra mundial, las destrucciones colectivas de Hiroshima y Nagasaki, hasta lo de Vietnam y las póstumas procesiones de otras convulsiones que dominan, en general, la

crisis de los energéticos mundiales y la vida caída del sistema monetario internacional- se ha realizado en México la estructuración de una realidad social, técnica y económica que ha trastornado los marcos históricos, las realizaciones de las clases sociales y la relajación política del establecimiento nacional.

No es el caso dar de ello las cifras del impresionante compuesto industrial y las estructuras de apoyo de sus fuerzas propias, de sus energéticos y los procesos industriales de transformación, porque ni siquiera los números pueden abarcar la enorme fuerza de potencial tan grande, que hasta ahora apenas apunta al principio de su desenvolvimiento.

El compuesto industrial y sus agrupaciones o confluencias humanas en el orden de servicios técnicos, profesionales o administrativos, se centran en una población de privilegio y capacidades personales, dotada de un poder de iniciativa y presión, que abarca quizá el 30% de la máxima plenitud vital de la masa de la población total de un país que ya no solamente, digamos, deja atrás el horizonte rural, pero que ni siquiera le acomodan las características de clase media latinoamericana, más o menos conservadores y sentimental en sus tradiciones.

Las fuerzas señaladas abren el núcleo de una nueva economía mexicana, en la cual se combinan y enhe-

bran masas trabajadoras, cuadros burocráticos, organizaciones públicas y centros energéticos de poder y presión política, desde el campo de los negocios privados enlazados a las empresas estatales y servidas por la explotación agotadora de los recursos naturales del territorio.

La cresta de los oleajes provocados por la emersión de estas fuerzas en la superficie histórica en tiempo inmediato, está de presente en la ultimación de la administración del presidente Echeverría y su final caída en la devaluación monetaria, la evasión de capitales y la crisis económica de 1977.

#### *Antecedentes*

El arranque del proceso industrializador vino con el acto de la expropiación petrolera, realizada por Lázaro Cárdenas y la prosperidad de los negocios derivados de la segunda guerra mundial, la de Corea y finalmente lo de Vietnam.

La inversión extranjera creció desmesuradamente en instalaciones de industrias extractivas y de transformación, más su consiguiente regalización de tecnología, a todo lo cual debe agregarse la financiación de infraestructuras y de equipamiento mediante créditos cada vez más gruesos y onerosos.

Esta importante masa piramidal de la estructura económica nacional ha recibido la denominación de economía mixta, en alusión al tríptico Estado-negocios privados-capitales extranjeros que lo integran.

A esta estructuración productiva de trabajo, capital y dirección pública, ha correspondido, o está por corresponder –según el optimismo con ello se mire– una política mixta. La cual viene, por otra parte, anunciándose en el programa reciente de la reforma política, con intervención de los pequeños y los grandes.

Como quiera que se le vea, sin embargo, esta pirámide o la serie de superpuestas que están implicadas en el juego, refiéranse unas a otras y todas particularmente, al humus popular en que se asientan. Dan con esfuerzo la medida de un cambio de autotransferencia del poder, que antes se condensaba en la ley del caudillaje-paternidad, con exterminio renaciente –la gran Coatlicue–, por este otro, cuya modalidad exige la desaparición o la destrucción del más antiguo modelo social de pirámide por otro.

Lo emergente de la nueva pirámide que crece desde el núcleo del cuerpo anterior, es una gestación que ejerce la forzosa expansión de lo que nace y exige su crecimiento con la nutrición del organismo en que se injerta. Especie de violencia ejecutiva como lo era antes

del expiatorio sacrificio ritual.

A la luz de estas consideraciones que sólo deben entenderse como fórmulas entendimiento por analogía, deberá comprenderse lo que ha sucedido en estos cuarenta años de pacíficas sucesiones –en la cumbre del Estado–; a la vez que la inmersación de violencia, transferidas a la composición relacional de los estratos sociales.

La línea de fractura afecta la figura de un perfil quebrado de conflictos y resoluciones a medias que se ensanchan o adelgazan al pasar por los respectivos medios de la masa social.

Ya no son levantamientos armados, el último de los cuales ocurrió cuarenta años hace, con la aventura del general Cedillo, y sólo se produjeron los fallidos ensayos de un regreso al caudillismo en las candidaturas de Almazán o de Miguel Henríquez Guzmán.

Los núcleos marginados a partir del centro focal del que arranca la fuerza de cambios, han hecho apariciones a partir de ciertas agitaciones sintomáticas, como lo fueron los movimientos del magisterio encabezados por Othón Salazar, los de ferroviarios con Demetrio Vallejo y el universitario en 68.

Sintomáticos son estos movimientos; y no tanto ellos mismos sustantivos, porque en su mayor profundidad se

ocultan las fuerzas originales de que proceden: la masa campesina, agobiada y rezagada en la marcha histórica.

Esta masa constituye el subsuelo o la plataforma arcaica que se ha configurado en las sucesivas catástrofes de la conquista, el coloniaje, la depredación, su utilización de gleba -armada o política-, el peonaje esclavista; y, finalmente, de residual almácigo de sus existencias para eventuales demandas de abrazos en industrias nacionales o extranjeras.

### Pirámides

Desde esta plataforma crecen a niveles desiguales y constituyendo nuevas, varias especies de pirámides interiores como los cuerpos de una sociedad que se mantiene con divisiones en dudoso equilibrio político, merced, allá a los principios, de la fuerza de las armas revolucionarias; luego, por la acción compactante de los instrumentos monetarios, el inesperado hallazgo de riquezas sustitutivas de la plata virreinal o la sangre de braceros y los nuevos mantos estratégicos del petróleo; todo lo cual solventa los gastos de este siglo XX a cuyo fin estamos arribando.

Una nueva nación mexicana quiere afirmarse sobre los fragmentos de muertas capas de civilizaciones

ensayadas y frustradas hasta ahora, proyectando el injerto de lo nacional en otra expresión histórica más congruente y dinámica.

Del cuerpo de la antigua pirámide (la Coatlicue arcaica) sobresalen ciertas estructuras discernibles, como son: la burocracia civil-militar del Estado, los administradores tecnócratas del sector mixto de la economía; el ejército industrial de obreros técnicos profesionales; los empresarios; los inversionistas, bancarios y comerciales, y por último, las estructuras ético-culturales de universidades, politécnicos, iglesias, prensa y medios masivos de comunicación, o sea, la inteligencia.

Ejerce el poder lo que tiene en su propia arboladura o trabazón de fuerzas, como son estas especies de castillos o contrafuertes de la pirámide. Los mismos que están comprometidos a mantener y acrecentar la obra de una torre infinita y de perpetuidad inaccesible a la destrucción.

El castillo de Kafka es una posible y remota semejanza de esta imagen para los marginados, perplejos o extraviados sujetos de la llanura baja. Desmontar es quizá posible, el artefacto mágico que no cesa de crecer, a estas expensas. Posible, decimos, no inmediato.

### *La sociedad mixta*

Una especie de guerra interna con destrucción absorbente de los vencidos, corre por el interior como el fuego de un torbellino central. Se extinguen en la miseria o desaparecen por el desempleo, se dilapidan las energías de una creciente y acumulada suma de vidas humanas, cuya cifra de población es la producción más elevada y el mayor renglón de la actividad nacional. A través del embudo en este horno de fundición biológica y social, se genera la materia prima de una nueva civilización -de verdad tan sólo la formalización de un modo o estilo histórico- la sociedad mixta.

El proceso de esta transfiguración se hace visible si consideramos que de los millones de mexicanos que registra la estadística de 1976, la cifra de la población económicamente activa equivale al total de los mismos hace 25 años, en 1950. Al hacer una contrastación de los esquemas respectivos nos encontraremos con que un tercio de los 20 anteriores ha desaparecido y los restantes -unos doce millones- apenas representan la tercera parte de los activos del presente.

La gran mayoría de los hombres y mujeres con la iniciativa del peso de las decisiones económicas e históricas de nuestro país, hoy, han crecido y madurado al

impulso del proceso industrializador y sus conformaciones pasivas o voluntarias de la educación, los medios de trabajo, los hábitos y reacciones de una forma de sociedad que no se derivó de la tradición vernácula cultural, sino que sobrevino con su equipamiento, sus exigencias y necesidades por seguir a una economía mundial, de política y desarrollo que requiera adaptarse y sobrevivir, o perecer.

Un mundo arqueológico inabsorbido o residual constituye la pirámide campesina de más bajo nivel y más profunda estructura a la que sigue otra o varias, sucesivas algunas y otras correlativas o de contra esfuerzo, en los grupos de servidores burocráticos civiles y militares, y en diversas alturas del nivel medio, superpuestos los cuerpos y masas de marginados urbanos, trabajadores agrícolas subempleados, poblaciones escolares y técnicas sin ocupación, obreros desempleados y proliferante agregación de intermediarios de toda especie.

### *El juego inmóvil*

La relativa inmovilidad política de estas estructuras de pirámides que se resuelven en otra, la más alta y dominante del conjunto y sus relaciones de equilibrio dinámico componen lo que se llama "juego de pirámides".

En el primer plano histórico de las fuerzas en acción se debe reconocer un principio de inteligencia activa o propósito político, con el más hondo sentido del término político, que es, precisamente, el designio elaborado por la mente humana para dirigir los acontecimientos que han de sucederse; y fue en el final proceso de la Revolución mexicana, la muerte de los caudillos y la institucionalización del poder constitucional.

No importa si la fundación del Partido Nacional Revolucionario fue circunstancial a uno o varios hombres históricos y sus intenciones de paradójica consecuencia a la vez, por servir para sepultar a un caudillo y renacer en el jefe máximo pero la necesidad o el imperio de una condición de supervivencia, hizo prevalecer la inteligencia sobre el instinto y la fuerza.

La dinámica resultante de sustituir la muerte y renacimiento del caudillo por las instituciones, que podríamos llamar "la lógica de la nueva etapa", fue la consumación o consagración del aparato repetitivo del poder público y en consecuencia, la erección de una clase burocrática en lo civil, de apoyo en las fuerzas de seguridad interiores, o del orden, y alimentada por los resultados de una producción de materias exportables al extranjero con ganancias monetarias de primer orden: plata, plomo, zinc, azufre, petróleo, etc.

Bajo los augurios azarosos de bonanzas y crisis esta travesía nos ha deparado cuarenta años de altas y bajas al ritmo relativo de la historia mundial, en que la embarcación que nos conduce probó con éxito su capacidad de tránsito en el abigarrado, desigual y crítico mundo mexicano que salió de la Revolución entre afanes inconclusos de democracia, justicia social y emancipación de la miseria, la ignorancia y el miedo.

#### *Esquema del juego*

Conciérne a toda clase de juegos la significación común de un conjunto de alternativas en desarrollo, cuya apertura formal de espiral *ad infinitum* recorta un cierre o solución culminante en que muere el juego. Alcanzar este fin reduce a cero las alternativas, mediante la jugada maestra en que el movimiento o el despliegue reúne lo último a su principio e inaugura un nuevo esquema circular, algo así como un círculo vicioso.

En ciertos juegos se hace intervenir una variable independiente a la dinámica interna que el juego consume por la realización o perfección de sus propias reglas, una movida cumbre que resuelve toda la serie a un fin, el jaque mate al Rey en el tablero de ajedrez.

En éstos que interviene el tiempo con una escala

de medida finita, al cabo de la cual se concluyen las operaciones o jugadas, se pueden considerar los juegos históricos. A la hora señalada cae una determinación final que da por concluida la partida y la decisión se hace por una cuenta técnica de puntos. La muerte real y eficaz de los hechos históricos sustituye a la ficticia del jaque.

Llegar a la meta en el tiempo preciso o en la sublimación de éste, constituye el raro caso de la historia en que producen los acontecimientos culminantes: una revolución o la obra de un genio del pensamiento de la acción.

La disposición general de la conducta humana se arregla; sin embargo, y más bien a la libre acción de competencias, negociaciones y guerras. También a la política como el arte de prevalecer en las alternativas vitales de la sociedad.

¿Cómo se expresan las alternativas a las que llamar podemos también "oportunidades", para el "momento" mexicano, o sea para este escenario de acontecimientos que nos impactan y llevan consigo, especialmente a partir de la incidencia de caída y retroceso, falla o descalificación de nuestro juego de pirámides; y del que puede resultar la inminente cerradura o final de las oposiciones nacionales que hemos cultivado en la historia?

Fue ese año de 1976 y en el punto de la transferencia del poder constitucional que se hizo la cuenta de los puntos acumulados, en la competencia de reloj y eficiencia contra los errores, vacíos y fracasos incurridos, cuya última escala de seis años sumó las aceleraciones negativas de toda la carrera de cuarenta años; y de este cómputo venimos a la cruda verdad, arrojados a la inmovilidad del sistema, por lo menos, aunque más a la derecha de los objetivos y esfuerzos emprendidos.

Si en los mejores años del desarrollo equilibrado fue 2% o 3% nuestra cuota de crecimiento económico, ligeramente mejor que los países más pobres del mundo, en 1976 logramos el índice negativo de menos uno y medio, que califica nuestra situación. No hemos pegado contra los bajos o los arrecifes de la costa, sino que hicimos la aceleración hacia atrás, como si dijésemos "salto mortal y (tiempo perdido) fuga del tiempo".

Recuperado será lo más valioso del futuro ya que las distancias a nuestros objetivos se aumentaron considerablemente, los esfuerzos a realizar también y los recursos económicos por emplear, otro tanto.

De lo perdido, lo que tiene más premura es el tiempo, porque condensa el valor de oportunidades y concurrencia de valores que se llaman "libertad y riqueza de las naciones".

## Alternativas

De las alternativas propuestas como viables las más requeridas por la ocasión, vienen en el siguiente orden:

PRIMERA: la de orden económico, en el que se ha sublimado una opción anterior entre el desarrollo equilibrado y el de participación o desarrollo compartido con justicia social. La expresa una fórmula de unidad o salvación común denominada "Alianza para la Producción". Contempla la estabilización de la crisis y una eventual acción recuperadora mediante reformas administrativas y fiscales, de reorientación de los mercados interno y exterior, funcionamiento compartido de la economía mixta y liquidación del crédito extranjero vía petróleo y nuevas inversiones públicas y privadas.

SEGUNDA: de orden político (*stricto sensu*) con las reformas de la Ley Electoral que proyectan una pluralidad más amplia y el cogobierno de oposiciones, minorías y disidencias en el Poder Legislativo. Sin que ello contemple, por otra parte, una trabazón para el Ejecutivo, y mucho menos, el amplio juego del presidencialismo, cuyas fuerzas de actuación seguirán prevaleciendo por el aparato burocrático, las fuerzas de seguridad interiores y la nutrición financiera del equipo del poder.

TERCERA: las de carácter formativo de la educa-

ción, la ciencia y la cultura, mediante otra programación administrativa que contempla la amplificación de la base a nueve años de instrucción obligatoria y el refuerzo de las líneas de dirección y ejecutivas en los centros universitarios y tecnológicos del país. El libre juego de las disidencias ideológicas se sanciona a través de la autonomía de los establecimientos y queda suficientemente compensado por la selectividad extrínseca de una limitada oferta de oportunidades y empleos en los cuadros de la industria y de las organizaciones superiores del Estado, la banca o los servicios intermedios.

Podemos pensar, pues, en salir de la crisis por este juego de oportunidades y alternativas, aunque no estemos seguros de una verdadera dinámica de cambio y transformaciones adecuadas al desplazamiento de los distintos cuerpos de nuestras pirámides.

El efecto revolucionario del proceso industrializador que ha sido puesto en marcha, tiene el poder de sanear las tendencias a la destrucción exterior al núcleo histórico de la nación mexicana; pero hacia adentro de ella misma el proceso de revolución industrial que se mantuvo en operación y ahora en lapso suspensivo por la incidencia mundial de una crisis y la aceleración negativa de la devaluación con todas sus caudas, inclina el eje de las pirámides en juego hacia este modo de nueva

sociedad mexicana que sigue el modelo de su economía mixta.

Trae consigo la ruptura con el poder simbólico y representativo que consignan las tradicionales instituciones estilo ceremonial de las democracias que sustituyó a las maneras o modales de corte monárquico, anteriores a favor del "conductismo", al que se asimilan ahora los poderes desacralizados de la técnica científica, o de la ciencia misma y sus estilos más propios, el expresionismo de las imágenes en televisión, prensa y radio.

En general, la mentalidad de una masa espectadora de cinematógrafo, de fútbol y concentraciones juveniles de estadios, competencias deportivas o festivales comunitarios, y los mandos superiores ejercidos por una tecnocracia operativa en escala descendente hasta el último hombre al servicio de la máquina.

El paso o transferencia que esta situación exige, a partir de nuestra condición al tiempo presente, pide un diseño para confiar a grupos humanos señaladamente capacitados la dirección tecnocrática-industrial-administrativa y las "decisiones históricas" del futuro.

En qué medida se está verificando esta traslación hacia esta polarización social, o cuáles son las expectativas de esta ocurrencia para el tiempo inmediato, son

cuestiones que no será fácil responder, porque se mantienen todavía en acción; y la suerte definitiva de ellas dependerá de lo que resulte de nuevas alternativas en juego, que ya apuntan a fortalecer a la sociedad productiva sobre la meramente simbólica y conceptual; así como de las opciones vitales de recuperación inmediata sobre la proyección de los valores sublimantes de la cultura.

Pero una sociedad desprovista de estos últimos símbolos corre el riesgo de incurrir en la más descarnada consagración del poder y la utilidad. Aunque las dudas al respecto quedan sometidas al peso de estas horas que ya constituyen el ser de nuestra historia. Esperemos y hagamos lo necesario para que esta opción al poder no empuje a los grupos más elevados de la sociedad mexicana a la pérdida y a la enajenación de la tierra y de ellos mismos.

*Conferencia pronunciada ante la Muy Resp. Gran Logia de Nuevo León en el ciclo de conferencias "Diálogo generacional sobre temas de la vida pública de México". Octubre 27 de 1977.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

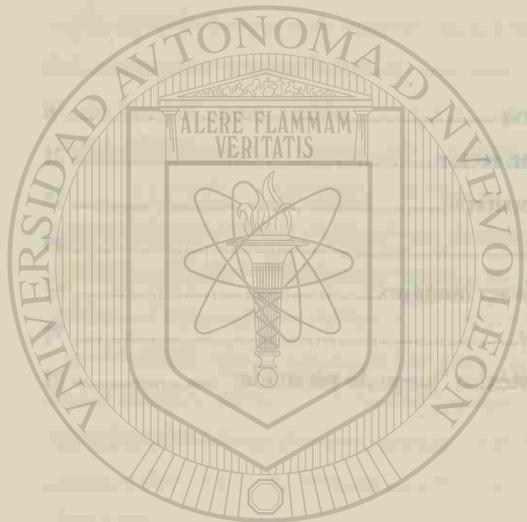
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## Índice

Reforma universitaria.....	9
Palabras finales de un rector.....	21
Notas de ética universitaria.....	35
La idea histórica.....	49
La individualidad de ser humano.....	67
Teoría de Monterrey.....	77
La vida pública de México "juego de pirámides".....	91

UANL

®



*Universidad, humanismo y política* de Raúl Rangel Frias se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2006 en los talleres de Serna Impresos, S.A. En su composición se utilizaron tipos Goudy de 8, 9, 10, 11, 14 y 15 puntos. Compilación de Gisela L. Carmona. Cuidó la edición Genaro Huacal. Diseño editorial de Rodolfo Leal Herrera. El tiraje consta de 2,000 ejemplares.

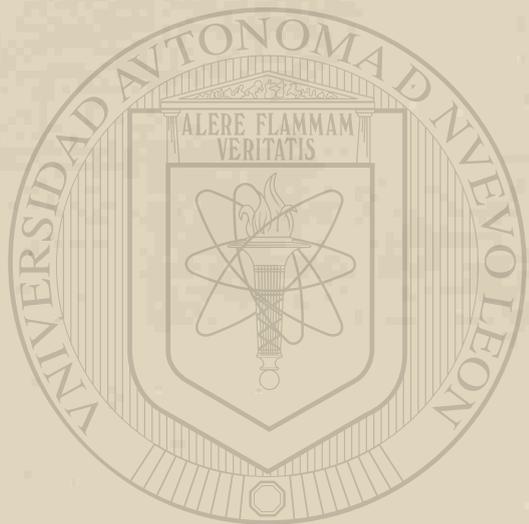
# UANL

---

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN